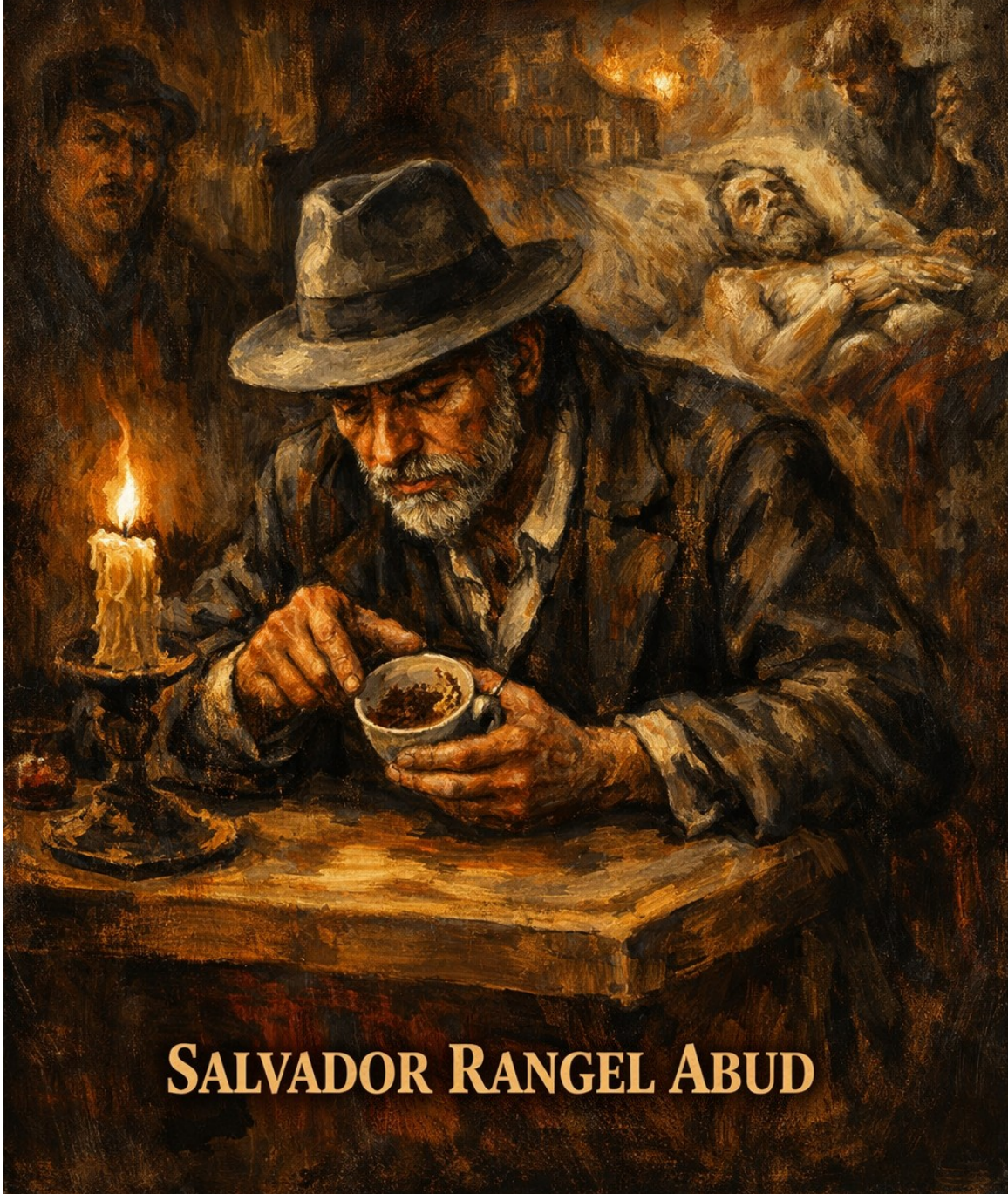


CLETO SANABRIA

Ver lo que viene no siempre es bueno...



SALVADOR RANGEL ABUD

CLETO SANABRIA

Una novela de Salvador Rangel Abud

Sinopsis

Coatepec, Veracruz. Cuando un adivino italiano predice demasiado y debe aprender a vivir el presente.

Cleto Sanabria llega a Coatepec un martes de marzo con una maleta que parece haber cruzado el océano a nado, un sombrero de fieltro gris que ningún mexicano usaría, y un acento calabrés que se vuelve incomprensible cuando se enoja. Viene de Italia huyendo de un pasado donde cometió el error imperdonable de predecir una traición en voz alta tres días antes de que ocurriera. Su don —la cafemancia, el arte de leer el futuro en los posos del café— le costó el amor de su vida y lo obligó a exiliarse al otro lado del mundo.

Se instala en la casona azul de los Villegas, una casa que llevaba años cerrada en el pueblo neblinoso de cafetales y chismes. Planta albahaca en macetas de barro y les habla en italiano cada mañana. Se niega rotundamente a comer frijoles porque en Calabria no existen. Corrige datos históricos que nadie pidió que corrigiera. Y comienza a leer el futuro en tazas de café para quien quiera pagar con gallinas, costales de café, tamales o quesos.

Sus predicciones son extrañamente precisas. Le advierte a Don Homero que no compre el terreno de la loma porque esconde agua traicionera. Don Homero no le hace caso y el terreno se convierte en pantano. Le dice a Marcela Suárez que su hijo regresará en menos de un mes. Exactamente veintitrés días después, el muchacho aparece con novia embarazada y sin trabajo.

Pero Cleto evita al alcalde Don Eustacio Montiel con la misma determinación con que el alcalde lo desprecia. Hasta que una tarde, en el café de Don Jacinto, se encuentran cara a cara. El alcalde, rodeado de lambiscones, no puede resistir la tentación de burlarse públicamente del adivino extranjero. Cleto, con ese acento que mezcla erres italianas con jotas mexicanas, responde con una predicción devastadora: "Veo que usted morirá pronto, Don Eustacio. Y no de viejo ni dormido. Sino en circunstancias torcidas, húmedas y con testigos que no entenderán nada de lo que vieron."

Tres días después, el alcalde aparece muerto ahogado en su propia alberca en circunstancias inexplicables. Y Cleto Sanabria se convierte en el sospechoso número uno. El pueblo que antes lo consultaba ahora lo señala. La policía lo interroga. Los enemigos del alcalde ven una oportunidad de venganza. Y Cleto descubre que predecir la muerte de alguien poderoso puede ser más peligroso que haberlo asesinado.

Sobre el autor

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública y maestro en administración de hospitales, además de escritor. Nacido en Veracruz, conoce íntimamente los pueblos cafetaleros de la región central del estado, sus nieblas perpetuas, sus chismes interminables, y esa mezcla particular de superstición y pragmatismo que caracteriza a sus habitantes.

En esta novela combina realismo mágico con humor costumbrista, creando una historia donde lo sobrenatural convive naturalmente con lo cotidiano, donde un adivino italiano puede discutir sobre la superioridad del parmesano reggiano mientras predice muertes con los posos del café.

Detalles de publicación

Título: Cleto Sanabria

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Realismo mágico / Comedia costumbrista / Romance

Ambientación: Coatepec, Veracruz, México (contemporáneo)

Narradora: Balvina Rovirosa, chismosa del pueblo

Extensión: 10 capítulos + prólogo + epílogo

Idioma: Español

Año de publicación: 2025

Nota del autor

Escribí esta novela porque me encantan los pueblos veracruzanos donde la neblina nunca se va completamente y donde todo el mundo sabe todo de todos. Coatepec, con su chipi-chipi persistente y sus cafetales que trepan por las montañas, es el escenario perfecto para una historia sobre un hombre que puede ver el futuro pero necesita aprender a vivir el presente.

Cleto Sanabria es mi homenaje a todos los extranjeros que llegaron a México buscando empezar de nuevo. Y Balvina Rovirosa, la narradora chismosa que no se disculpa por serlo, es mi homenaje a todas esas mujeres de pueblo que saben exactamente qué está pasando en cada casa y que consideran la información un servicio público.

La cafemancia es real. Leer el futuro en los pozos del café es una práctica antigua que existe en múltiples culturas. Yo la hice ficción, pero la tradición existe.

Licencia

Copyright © 2025 Salvador Rangel Abud. Todos los derechos reservados.

Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de: Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

Bajo los términos:

- **Atribución** — Crédito apropiado al autor
- **NoComercial** — Sin uso comercial
- **SinDerivadas** — Sin modificaciones

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Palabras clave

Realismo mágico, Coatepec Veracruz, adivino italiano, cafemancia, humor costumbrista, pueblo mexicano, neblina, cafetales, chismes, exilio, amor, predicción del futuro, asesinato misterioso, integración cultural, romance maduro, vida cotidiana

Temas principales

- **El precio de ver demasiado:** Cleto aprende que predecir traiciones puede ser peor que sufrirlas
 - **Exilio y pertenencia:** Encontrar hogar lejos de la tierra natal
 - **Presente vs. futuro:** La sabiduría de vivir el momento sin obsesionarse con lo que vendrá
 - **Amor sin predicciones:** Remedios nunca le pide que vea su futuro
 - **Integración del extranjero:** Cómo un calabrés se vuelve parte de un pueblo veracruzano
 - **Comunidad y chisme:** La función social del chisme en pueblos pequeños
-

Citas destacadas

"En Italia, cuando uno ve demasiado claro, la gente prefiere sacarte los ojos antes que dejar de hacer porquerías."

"El futuro puede esperar, Cleto. Lo que importa es hoy."

"Uno no deja su tierra porque quiere. Uno la deja porque alguien más poderoso, más rico, o más vengativo lo obliga."

"La mejor vida es la que no se puede predecir. Solo se puede vivir día a día."

"Yo solo reporto, que es muy distinto." —Balvina Rovirosa sobre su oficio de chismosa

"Los políticos son la única clase de gente cuyo futuro es tan predecible que no vale la pena perder café en ellos."

Recomendada para

- Lectores de realismo mágico al estilo de Laura Esquivel
 - Personas que disfrutan humor costumbrista mexicano
 - Quienes aprecian narradoras con voz única y divertida
 - Lectores interesados en Veracruz y sus pueblos cafetaleros
 - Personas que gustan de historias sobre segundas oportunidades
 - Quienes aprecian romance maduro sin dramatismo excesivo
-

Comparaciones literarias

Laura Esquivel (*Como agua para chocolate*): Realismo mágico con comida y amor

Fannie Flagg (*Fried Green Tomatoes*): Narradora chismosa con corazón de oro

Gabriel García Márquez (*Crónica de una muerte anunciada*): Muerte predicha que se cumple

Joanne Harris (*Chocolat*): Extranjero con dones especiales transforma pueblo pequeño

Cómo citar esta obra

APA: Rangel Abud, S. (2025). *Cleto Sanabria*. Internet Archive.

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Cleto Sanabria*. 2025. Internet Archive.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Cleto Sanabria*. 2025. Internet Archive.

Contacto y más obras

Más obras de Salvador Rangel Abud en Internet Archive:

Realismo mágico/Fantasía:

- **El libro de las sentencias** (horror psicológico)
- **Amor entre la niebla y el bosque** (romance en Veracruz)

Drama psicológico:

- **Lo que queda** (leucotomías y dilemas éticos)
- **Justicia: Eufemismo de la venganza** (thriller)

Y más de 120 novelas en diversos géneros.

Mensaje final

Esta es una novela sobre aprender a vivir el presente cuando has pasado la vida viendo el futuro.

Cleto Sanabria puede predecir muertes, traiciones, fortunas perdidas. Pero no puede predecir el amor que encuentra con Remedios ni la felicidad que construye con su hija Esperanza.

Porque el futuro, ese tirano que parece controlarlo todo, pierde su poder cuando eliges vivir plenamente el presente.

Con amor.

Con café.

Con albahaca.

Y con la certeza de que la mejor vida es la que no se puede predecir.

ÍNDICE

PRÓLOGO: Un calabrés avecindado en Coatepec

CAPÍTULO 1: Donde Cleto ve demasiado claro

CAPÍTULO 2: El alcalde se muere como no debía

CAPÍTULO 3: El sospechoso número uno aprende a callar

CAPÍTULO 4: Pacho Viejo como amenaza

CAPÍTULO 5: El pueblo que antes reía ahora señala

CAPÍTULO 6: El espulgo providencial

CAPÍTULO 7: La fama peligrosa del sobreviviente

CAPÍTULO 8: La mujer que no preguntó el futuro

CAPÍTULO 9: El futuro pierde importancia

CAPÍTULO 10: Donde el amor se queda

EPÍLOGO: El arcano no siempre perdona

PRÓLOGO

Un calabrés avecindado en Coatepec

Yo, Balvina Rovirosa, viuda de Ronquillo (aunque Filemón, en paz descanse, nunca tuvo mucha mientras vivió), llevo cincuenta y dos años viviendo en este pueblo y puedo decir sin temor a equivocarme que he visto de todo. He visto llover cuando nadie lo esperaba y brillar el sol cuando todos rogaban por agua. He visto alcaldes entrar pomposos y salir corriendo. He visto fortunas hechas con un solo grano de café y fortunas perdidas por no saber cuándo callarse la boca. Pero lo que nunca había visto en mi vida, fue un italiano con acento de cantante de ópera borracho intentando predecir el futuro en el fondo de una taza de café.

Hasta que llegó Don Cleto Sanabria.

Y miren que uno piensa que ya lo ha visto todo cuando lleva medio siglo metiendo las narices en los asuntos ajenos. Porque sí, me dicen la chismosa del pueblo, y no me ofendo porque es cierto, aunque yo no invento nada, yo solo reporto, que es muy distinto. Y si alguien tiene algún problema con mi método de trabajo, puede ir a quejarse con el padre Ubaldo, que también viene a preguntarme cosas cuando necesita saber quién faltó a misa y por qué.

Cleto llegó a Coatepec un martes de marzo. La neblina estaba tan espesa ese día que Don Heriberto Maldonado, el del puesto de periódicos, chocó con su propia esposa en la esquina de la parroquia y no la reconoció hasta que ella le dio un coscorrón. Yo estaba precisamente comprando el Diario de Xalapa cuando vi bajar del autobús de las tres de la tarde a un hombre que no era de aquí. Y cuando digo que no era de aquí, no me refiero solo a que no fuera de

Coatepec. No era ni de Veracruz, ni de México, ni probablemente de este continente.

Traía una maleta de cuero tan vieja que parecía haber cruzado el océano a nado, un sombrero de fieltro gris que ningún mexicano usaría ni bajo amenaza de muerte, y una expresión en el rostro que oscilaba entre el desconcierto y el espanto. Cuando abrió la boca para preguntarle al chofer del autobús algo en un español que sonaba como si le estuvieran retorciendo las palabras antes de sacarlas, supe dos cosas: primera, que este hombre iba a dar de qué hablar, y segunda, que yo iba a estar presente cuando lo hiciera.

—¿La casa azul de los Villegas? ¿Dónde queda, por favor?

El chofer lo miró como si le hubiera preguntado dónde quedaba la luna.

—¿La casa azul? Pues ahí mero, dando vuelta en San Jerónimo. Pero lleva años cerrada, señor.

—Ya lo sé. Es mía ahora.

Y así, sin más explicaciones, Cleto Sanabria se echó la maleta al hombro y se fue caminando hacia la casona de los Villegas con esos pasos de quien todavía no sabe si tomó la decisión correcta. Se instaló en esa casa azul cerca de San Jerónimo que llevaba tres años deshabitada desde que Don Rodolfo se murió y los hijos se fueron a Xalapa porque aquí no tuvieron futuro, según dijeron.

La ironía de que precisamente alguien que se iba a dedicar a “adivinar”, acabara viviendo en la casa del difunto Rodolfo, que era el hombre más terco y menos supersticioso del pueblo, no se le escapó a nadie. Menos a mí. Yo le comenté a Lidia Contreras, la vecina de enfrente, que seguramente Don Rodolfo estaría revolcándose en su tumba sabiendo que un extranjero charlatán, había ocupado su casa.

Los primeros días, Cleto no hizo más que limpiar. Sacó muebles viejísimos a la calle, abrió ventanas que tenían años cerradas, y barrió con un empeño que las vecinas consideraron sospechoso. Lidia me dijo que lo había visto hablar con él mismo, en un idioma que no era español, mientras fregaba los pisos, y que una tarde lo encontró en el patio trasero enterrando algo envuelto en un trapo rojo.

—Ha de estar loco —sentenció Lidia.

—Espérate antes de juzgar —le dije—. La locura a veces solo es excentricidad con acento extranjero.

—¿Y qué habrá enterrado?

—Si quieres averiguarlo, ve tú a desenterrarlo. Yo no me meto en asuntos de italianos que entierran cosas. Eso nunca termina bien.

Resultó que lo que había enterrado era una botella de vino que según él necesitaba “reposar en tierra mexicana para aclimatarse”. Eso me lo contó después, cuando ya éramos algo así como amigos.

Tardó menos de una semana en hacerse notar. Resulta que Cleto Sanabria como se presentó formalmente ante el padre Ubaldo (que casi lo corre de la parroquia cuando quiso confesarse en italiano y español mezclados), venía de un pueblo de Calabria cuyo nombre nadie pudo pronunciar jamás. Cada vez que alguien le preguntaba de dónde era, él decía algo que sonaba como "Crotone" o "Cotrone" o "Grotone", y al final todos dejamos de preguntarle porque era más fácil decir simplemente que venía de Italia y ya.

Había sido, según él, consultor espiritual en su tierra, lo que traducido al español normal significa que leía la suerte. Pero no con cartas del tarot ni con bolas de cristal ni con ninguna de esas tonterías que venden en los mercados. No. Cleto leía el futuro en los asientos del café.

—La cafemancia —lo llamaba él con ese acento que mezclaba las erres italianas con las jotas mexicanas de forma tan desconcertante que uno no sabía si estaba hablando o carraspeando—. Es un arte antiguo, señora Balvina. Más viejo que su pueblo y que su neblina. Más respetable que cualquier brujería de esas que practican por aquí.

Yo lo conocí porque, como buena chismosa, fui de las primeras en tocarle la puerta con el pretexto de llevarle un tamal de bienvenida. Me abrió con una camisa blanca arrugada, pantalones negros demasiado elegantes para Coatepec, y esa expresión de quien todavía no entiende dónde diablos fue a caer.

—Buongiorno, señora. ¿Es costumbre aquí alimentar a los extraños o usted tiene algún interés particular en mi persona?

Me gustó de inmediato. Cualquier hombre que recibe un tamal y responde con sospecha en lugar de gratitud es alguien que entiende cómo funciona el mundo.

—Es tradición —le dije—. Y además, si piensa quedarse en Coatepec, más le vale conocer a la gente correcta.

—¿Y usted es la gente correcta?

—Yo soy la única gente "correcta", Don Cleto. Lo demás son extras.

Se rio con una risa que le salía del estómago, me invitó a pasar, y preparó café en una cafetera italiana tan maltratada que parecía haber sobrevivido a la guerra. El café estaba tan cargado que sentí cómo mi corazón cambiaba de ritmo en el tercer sorbo. Me senté en una silla que crujía como si también tuviera artritis, y Don Cleto, que después fue simplemente "Cleto" para mí cuando rompimos el turrón, se acomodó frente a mí con esa elegancia medio venida a menos que tienen los europeos pobres.

—¿Le gusta el café, señora Balvina?

—Me gusta todo lo que sea gratis y caliente, Don Cleto.

—Perfecto. Entonces terminará su taza sin dejar nada...y me llamará simplemente Cleto porque soy más joven que Usted. Yo le seguiré

hablando de Usted por el gran respeto que a las primeras me ha inspirado.

Aquilaté su claridosidad y eso hice, aunque el café estaba tan fuerte que pensé que iba a ver visiones sin necesidad de que nadie leyera nada. Cuando dejé la taza vacía sobre la mesa, Cleto la tomó con una solemnidad que me pareció exagerada.

—¿Usted terminó su taza, señora Balvina?

—¿No me acaba de ver terminarla?

—Perfecto. Déjeme ver.

Y sin más ceremonia, tomó mi taza, la volteó sobre el plato con un movimiento que parecía ensayado, esperó unos segundos que me parecieron eternos mientras murmuraba algo en italiano que sonaba a oración o a maldición, y luego la levantó con la delicadez de quien maneja una reliquia sagrada. Se quedó mirando el interior con una concentración que habría sido cómica si no fuera porque sus ojos verdes se habían puesto serios de una forma inquietante.

—Usted, señora, tiene un secreto.

—Todo el mundo tiene secretos Cleto. Eso no es adivinar, eso es suponer.

—Sí, pero el suyo tiene que ver con un hombre que no es su difunto esposo.

Me quedé callada. Cleto sonrió, pero no con malicia, sino con esa comprensión que solo tienen las personas que han vivido suficiente como para saber que la vida es más complicada de lo que la gente admite en público.

—No se preocupe, señora Balvina. Su secreto está a salvo. Los asuntos no mienten, pero yo sí sé cuándo callar.

—¿Y qué más ve ahí, adivino?

—Veo que usted va a ser mi mejor aliada en este pueblo. O mi peor enemiga. Todavía no está claro cuál de las dos.

—Pues entonces le conviene portarse bien conmigo.

—Esa era precisamente mi intención.

Desde ese momento, Cleto Sanabria tuvo mi respeto. Y en Coatepec, cuando Balvina Roviroza respeta a alguien, ya tiene asegurado el respeto de la mitad del pueblo. La otra mitad no lo tendrá, pero eso ya es otra historia.

Pero claro, yo no soy la única curiosa en este pueblo. Apenas corrió la voz de que había un italiano que leía el café, la casa azul se convirtió en un santuario. Llegaban señoras con sus tazas vacías preguntando si su marido las engañaba, hombres preocupados por sus cosechas queriendo saber si debían resembrar o esperar a las lluvias, muchachas queriendo

saber si su novio las engañaba (casi siempre sí), y hasta el mismo Don Refugio, el notario, que fue a consultar si debía invertir en terrenos o en ganado.

Cleto atendía a todos con la misma mezcla de solemnidad y sarcasmo. Cobraba lo que cada quien pudiera pagar, aceptaba gallinas, costales de café, botellas de ron, tamales, quesos, y una vez, según me contó Lidia, le pagaron con un retrato al óleo de la Virgen de Guadalupe que ahora cuelga en su sala junto a una foto descolorida de sus padres calabreses.

Sus predicciones eran extrañamente precisas. Le dijo a Marcela Suárez que su hijo regresaría de Veracruz en menos de un mes, y exactamente veintitrés días después, el muchacho apareció sin avisar con una novia embarazada y sin trabajo. Marcela volvió a casa de Cleto para reclamarle que le hubiera avisado solo de la llegada y no del desastre completo, pero él le explicó que los asientos del café no eran tan específicos y que además, él no era responsable de las decisiones reproductivas de la juventud veracruzana.

Le advirtió a Don Homero que no comprara el terreno de la loma porque la tierra ahí esconde agua que no se ve pero que arruina, y dos meses después, cuando Homero no le hizo caso y compró de todas formas, porque Cleto no iba a decirle a él qué hacer con su dinero, la primera excavación sacó un manantial que convirtió el terreno en pantano. Homero tuvo que vender el terreno a pérdida a un tipo de Xalapa que quería criar ranas, y desde entonces no volvió a hablar con Cleto aunque se lo encontrara en misa.

Pero no todo era adivinación y café. El hombre tenía sus manías. Cultivaba albahaca en macetas de barro que cuidaba como si fueran niños, regándolas todos los días a las seis de la mañana y hablándoles en italiano con un tono de voz que Lidia juraba que era más cariñoso del que usaba con las personas. Tenía un acento que empeoraba dramáticamente cuando se enojaba, al punto de que cuando discutía con Don Efrén el carnicero sobre el corte de la carne para su ossobuco, nadie entendía ni una palabra pero todos se quedaban escuchando porque era como ver una obra de teatro en un idioma inventado.

Se negaba rotundamente a comer frijoles porque, según él, en Italia no existe tal cosa y no pensaba empezar ahora que ya había vivido cincuenta y tantos años sin probarlos. Cuando Lupe la del mercado le ofreció unos frijoles negros recién hechos con epazote, Don Cleto la miró con una mezcla de horror y ofensa que Lupe todavía recuerda.

—Señora, en mi país tenemos un dicho: *“chi lascia la via vecchia per la nova, sa quel che lascia ma non sa quel che trova”*.

—¿Y eso qué significa, Don Cleto?

—Significa que “quien deja el camino viejo por el nuevo, sabe lo que deja pero no sabe lo que encuentra. Y yo con los frijoles no me arriesgo”.

También tenía la costumbre, irritante para algunos y divertida para otros, de interrumpir conversaciones ajenas para corregir datos históricos que nadie había pedido que corrigiera. Una tarde estábamos en el café de Don Jacinto cuando Don Evaristo empezó a hablar de cómo Cristóbal Colón había descubierto América con sus tres carabelas valientes.

—¡No, no, no! —gritó Cleto desde su mesa, levantándose como si alguien hubiera insultado a su madre—. ¡Don Evaristo, con todo respeto, pero eso es una mentira histórica! Cristóbal Colón no descubrió nada. Colón se perdió buscando las Indias y tuvo suerte de que había un continente en medio. ¡Eso no es descubrir, eso es tropezar! ¡Y además, las carabelas no eran suyas, eran prestadas!

Don Evaristo lo miró con cara de pocos amigos.

—Usted qué va a saber, si ni siquiera es de aquí.

—Precisamente por eso sé, Don Evaristo. Porque vengo del país de donde salió Colón, aunque él era genovés y nosotros los calabreses no nos hacemos responsables de sus errores de navegación.

También había en él una tristeza que solo se asomaba en ciertos momentos, cuando creía que nadie lo estaba mirando. Yo lo vi una vez sentado en su patio trasero, con una copa de vino en la mano, mirando al cielo como si esperara ver algo que ya no estaba ahí. Cuando le pregunté por qué había dejado Italia, me respondió con una de esas frases que suenan a canción napolitana.

—Señora Balvina, uno no deja su tierra porque quiere. Uno la deja porque alguien más poderoso, más rico, o más vengativo lo obliga.

—¿Y quién lo obligó a usted?

—Los tres, señora. Los tres.

Nunca me dio más detalles en ese momento, pero con el tiempo fui armando la historia como se arma un rompecabezas sin caja, juntando piezas que la gente suelta sin darse cuenta. Que si había predicho la muerte de un capo local y la familia del muerto lo culpó de mal de ojo. Que si se había enamorado de la mujer equivocada y el esposo lo amenazó con algo peor que la muerte. Que si su propia familia lo había desterrado por avergonzarlos con su brujería y su negativa a trabajar en algo respetable como la agricultura o el comercio. Cada versión tenía su encanto, y probablemente todas tenían algo de cierto, porque las mejores historias son las que tienen varias verdades al mismo tiempo.

Lo que sí supe con certeza, porque me lo contó una tarde lluviosa en la que el vino calabrés que había traído de Italia lo puso sentimental, fue que había amado a una mujer llamada Fiona, que esa mujer lo había traicionado con su mejor amigo, y que él había cometido el error imperdonable de predecirlo en voz alta tres días antes de que ocurriera.

—El problema, Doña Balvina —me dijo con los ojos un poco vidriosos—, no es ver el futuro. El problema es abrir la boca cuando uno lo ve. Yo vi

en el café que Fiona me iba a traicionar. Y yo, como un idiota, se lo dije. ¿Y sabe qué pasó?

—¿Qué pasó, Don Cleto?

—Que ella me dijo que yo estaba loco, que cómo se me ocurría decir algo así. Y tres días después, cuando todo pasó exactamente como yo lo había predicho, ella no me pidió perdón por traicionarme. Me pidió perdón por haberse enamorado de alguien que podía predecir su traición. Como si el problema no fuera la traición, sino el hecho de que yo lo supiera antes.

—¿Y usted qué hizo?

—Me vine para México, señora Balvina. Porque en Italia, cuando uno ve demasiado claro, la gente prefiere sacarte los ojos antes que dejar de hacer porquerías.

Le dije que esa era una lección que también aplicaba para los chismes, y nos reímos hasta que se nos saltaron las lágrimas, aunque yo no estaba muy segura si Cleto estaba riendo o llorando o haciendo las dos cosas al mismo tiempo.

Cleto se volvió parte del paisaje de Coatepec. Iba al mercado los sábados a discutir con el vendedor de quesos sobre la superioridad del parmesano reggiano sobre cualquier queso mexicano (una batalla que perdía semanalmente pero que nunca dejó de pelear), compraba su café en grano en la tienda de Don Mauricio (el único que vendía un tostado lo suficientemente oscuro para su gusto calabrés), y se sentaba en la banca de la plaza a observar a la gente pasar con esa mirada de quien ve más de lo que debería y menos de lo que quisiera.

La gente, como pasa siempre con los adivinos, lo trataba con una mezcla de respeto, temor y curiosidad morbosa. Nadie quería estar en malos términos con alguien que podía ver tu futuro en el fondo de una taza. Aunque, claro, también había quienes lo consideraban un charlatán que vivía de la superstición ajena. El alcalde, Don Eustacio Montiel, era uno de ellos.

—Ese italiano vive de engañar a las viejas asustadas —decía cada vez que alguien lo mencionaba—. Pura charlatanería. Si supiera leer el futuro de verdad, estaría en Europa haciéndose rico, no aquí en Coatepec viviendo de los tamales que le regalan.

El adivino, por su parte, evitaba al alcalde con la misma determinación con que el alcalde lo despreciaba. Decía que los políticos eran la única clase de gente cuyo futuro era tan predecible que no valía la pena perder café en ellos. Hasta que una tarde, en el café de Don Jacinto, se encontraron cara a cara sin posibilidad de escape.

El alcalde, rodeado de sus lambiscones de siempre (el tesorero municipal, el síndico, y dos regidores cuyo único talento era estar de acuerdo con todo lo que Don Eustacio dijera), no pudo resistir la

tentación de burlarse en público. Cleto estaba tomando su espresso de pie junto a la barra, porque según él los italianos nunca se sentaban a tomar café expreso, cuando el alcalde alzó la voz para que todos en el local pudieran escucharlo.

—Oiga, Don Cleto, ¿por qué no me lee el futuro a mí? ¿O solo funciona con gente que le cree?

Don Cleto lo miró con esos ojos verdes que a veces parecían ver demasiado y otras veces parecían no ver nada en absoluto.

—No hace falta café para saber su futuro, señor alcalde.

Todos en el café se quedaron callados. Hasta Don Jacinto dejó de secar vasos para no perderse lo que venía.

—¿Ah, no? —dijo el alcalde con esa sonrisa de quien cree que ya ganó la discusión—. ¿Y qué ve, maestro?

Cleto dejó su taza en la barra, se limpió la boca con una servilleta de papel, se acomodó el sombrero de fieltro gris que nunca se quitaba ni en misa, y dijo con esa mezcla de acento calabrés y español imposible que lo caracterizaba:

—Veo que usted morirá pronto, Don Eustacio. Y no de viejo ni dormido, señor alcalde. Sino en circunstancias torcidas, húmedas y con testigos que no entenderán nada de lo que vieron.

Y salió del café como si hubiera comentado el clima, dejando un silencio tan pesado que parecía que alguien había cerrado todas las ventanas de golpe.

Yo estaba ahí. Lo vi todo. Lo escuché todo. Y supe, en ese preciso instante, que Cleto Sanabria acababa de cometer el error más grande de su vida en Coatepec.

Porque en este pueblo, como en cualquier pueblo que se respete, hay cosas que se pueden decir y cosas que no se deben decir. Se puede decir que el alcalde es un ratero. Se puede decir que el alcalde tiene amantes. Se puede decir que el alcalde es un incompetente que no sabe ni leer los presupuestos que firma. Pero lo que no se puede decir, lo que nunca se debe decir, es que el alcalde se va a morir pronto y de mala manera.

Porque cuando uno dice eso, solo pueden pasar dos cosas: o te equivocas y quedas como un charlatán, o aciertas y quedas como un asesino.

Cleto Sanabria, calabrés adivinador, exiliado del amor y del sentido común, acababa de abrir la boca en el momento menos indicado.

Y como él mismo había dicho, el problema nunca fue ver el futuro.

El problema siempre fue no poder callarse lo que uno ve.

CAPÍTULO 1

Donde Cleto ve demasiado claro

La tarde en que Cleto le anunció la muerte al alcalde Montiel fue un jueves. Lo sé porque los jueves voy al mercado a comprar el pescado que Don Chema trae de Veracruz, y ese día particular compré un robalo que todavía se movía en la bolsa cuando lo llevaba a casa. El robalo sobrevivió más que el alcalde, lo cual dice mucho sobre la fragilidad de la vida y la resistencia de los pescados veracruzanos.

Pero no me adelanto. Primero hay que entender cómo fue que Cleto, que era un hombre generalmente prudente con sus predicciones, se le ocurrió soltar semejante barbaridad en público y delante de testigos que no sabían cuándo callarse.

Todo empezó, como empiezan las peores cosas en este pueblo, con un malentendido y un exceso de confianza. Resulta que Cleto llevaba ya casi seis meses viviendo en Coatepec cuando ocurrió lo del alcalde, tiempo suficiente para que la gente se acostumbrara a él pero no tanto como para que dejaran de temerle. Sus predicciones habían sido lo suficientemente acertadas como para ganarse respeto, pero también lo suficientemente ambiguas como para que nadie pudiera acusarlo de brujería abierta.

Cuando le decía a Margarita Solís que su marido llegaría tarde esa noche, el marido llegaba tarde. Cuando le advertía a Don Rigoberto que la cosecha de café sería abundante pero que debía cuidarse de las heladas tempranas, las heladas llegaban justo cuando Cleto había dicho. Y cuando le aseguraba a la señora Gertrudis que su hijo encontraría trabajo antes del fin de mes, el muchacho conseguía empleo el día veintinueve, sudando la gota gorda pero empleado al fin.

Eran predicciones útiles, prácticas, del tipo que hace que la gente te respete sin que te cuelguen por hereje.

Pero Cleto tenía un defecto, y ese defecto era que cuando tomaba vino (cosa que hacía con más frecuencia de lo que debía), se le soltaba la lengua de una manera que habría horrorizado a cualquier adivino profesional con dos dedos de frente. El vino lo ponía melancólico primero, luego locuaz, y finalmente profético de una manera que no beneficiaba a nadie, empezando por él mismo.

La tarde del café de Don Jacinto, Cleto ya llevaba dos copas de vino tinto encima. Yo lo sé porque había empezado a mezclar italiano con español de esa forma particular que adoptaba cuando el alcohol le nublaba la prudencia pero le aclaraba la visión. Estaba sentado en su mesa de siempre, la que quedaba junto a la ventana que daba a la calle Constitución, leyéndole la taza a Petrona Guzmán, que quería saber si su hija se iba a casar con el novio que tenía o si convenía buscarle otro.

—Señora Petrona —le decía Cleto con ese acento que sonaba a ópera mal cantada—, los asientos me dicen que su hija se va a casar, sí, pero no con el muchacho que usted piensa. Veo aquí un hombre más alto, con bigote, que trabaja en algo relacionado con el gobierno.

—¿Más alto que Esteban? Pero si Esteban mide un metro ochenta.

—Pues este mide más, señora. Y tiene bigote. Los asientos son muy claros en eso del bigote.

—¿Y cuándo va a aparecer este bigotón?

—Pronto, señora. Muy pronto. Diría que en menos de dos meses su hija ya habrá conocido a este hombre.

Petrona salió del café entre satisfecha y confundida, tratando de imaginar dónde diablos iba a encontrar su hija a un hombre más alto que Esteban con bigote y trabajo en el gobierno, cuando en Coatepec los únicos que trabajaban en el gobierno eran el alcalde, el tesorero, el síndico y los regidores, todos casados o demasiado viejos o demasiado feos para que la muchacha los volteara a ver.

Fue entonces cuando entró el alcalde con su séquito habitual. Don Eustacio Montiel era de esos hombres que no pueden ir ni al baño sin llevar testigos que certifiquen la importancia del evento. Esa tarde traía al tesorero municipal, Abundio Perales, que era un hombre pequeño y nervioso que siempre parecía estar pidiendo perdón por ocupar espacio; al síndico, Rutilio Zárate, que era exactamente lo opuesto, un hombre grande y ruidoso que ocupaba tres veces el espacio que le correspondía; y a los regidores Fermín Casas y Otilio Romero, que eran tan parecidos entre sí que uno sospechaba que venían del mismo molde defectuoso.

Entraron con ese ruido que hacen los políticos cuando quieren que todos sepan que han llegado, aunque nadie los estuviera esperando. El alcalde saludó a Don Jacinto con un grito que hizo temblar las tazas, se sentó en la mesa más grande del café (desplazando a dos ancianos que estaban jugando dominó con una disculpa que no sonó a disculpa sino a orden), y pidió café para todos como si estuviera invitando a la casa y no al café de otra persona.

Yo estaba en mi mesa junto a la puerta, fingiendo leer el periódico pero en realidad vigilando todo lo que pasaba, que era mi ocupación principal y la razón por la que la gente todavía me toleraba. Cleto estaba en la suya, terminándose su tercera copa de vino con esa expresión de quien está a punto de decir algo que no debería pero que va a decir de todas formas.

El alcalde, que como ya dije no podía ver a Cleto ni en pintura, empezó con sus comentarios apenas se sentó.

—Miren nada más quién está aquí —le dijo a su mesa, aunque lo suficientemente alto como para que todo el café lo escuchara—. El adivino mayor. El que sabe todo lo que va a pasar antes de que pase.

—Déjalo, Eustacio —dijo Abundio con esa voz de ratón asustado que tenía—. El hombre no te ha hecho nada.

—¿Que no me ha hecho nada? Me está quitando clientes, Abundio. La gente ya no viene a preguntarme por los permisos de construcción, ahora van con el italiano a que les lea el café. Como si el café supiera más de urbanismo que yo.

—Pues el café probablemente sí sabe más —murmuró Rutilio, pero tan bajito que solo yo lo escuché.

Cleto, mientras tanto, se había quedado muy quieto, mirando su copa de vino con una intensidad que yo ya conocía. Era la misma expresión que ponía cuando estaba viendo algo en los asientos del café, solo que esta vez no había café de por medio. Había vino, que es mucho peor porque el vino no predice, el vino acusa.

El alcalde siguió con su letanía de quejas durante un rato, alimentado por las risitas nerviosas de sus acompañantes y por su propio sentido de importancia. Habló de cómo los extranjeros llegaban a México a robar el trabajo de los mexicanos (aunque Cleto no le estaba robando el trabajo a nadie porque nadie en Coatepec se dedicaba profesionalmente a leer asientos de café). Habló de cómo la superstición era enemiga del progreso (aunque él mismo no se cortaba las uñas en martes porque su abuela le había dicho que traía mala suerte). Y habló de cómo los charlatanes deberían ser expulsados del pueblo (aunque él llevaba tres periodos consecutivos en el cargo gracias a promesas que nunca cumplió).

Fue entonces cuando cometió el error de dirigirse directamente a Cleto.

—Oiga, Don Cleto, ¿por qué no me lee el futuro a mí? ¿O solo funciona con gente que le cree?

Yo levanté la vista del periódico. Don Jacinto dejó de preparar el café que nadie le había pedido. Los dos ancianos del dominó suspendieron su juego. Hasta las moscas parecieron dejar de volar para no perderse lo que venía.

Cleto levantó la cabeza despacio, como si le pesara, y miró al alcalde con esos ojos verdes que en ese momento parecían ver a través de las paredes, del tiempo, y de la sensatez más básica.

—No hace falta café para saber su futuro, señor alcalde.

La respuesta fue tan simple, tan directa, que el alcalde se quedó un momento sin saber qué decir. Rutilio soltó una risita que cortó de inmediato cuando Don Eustacio lo fulminó con la mirada.

—¿Ah, no? —dijo el alcalde recuperando su tono de burla—. ¿Y qué ve, maestro?

Y entonces Cleto hizo lo que nunca, nunca debió haber hecho. Se levantó de su mesa con esa elegancia de europeo pobre que nunca lo abandonaba, dejó su copa de vino a medio terminar (lo cual ya era una

mala señal porque Cleto nunca desperdiciaba vino), y caminó hacia la barra donde había dejado su taza de espresso de la tarde.

—Veo que usted morirá pronto, Don Eustacio —dijo con una calma que helaba—. Y no de viejo ni dormido, señor alcalde. Sino en circunstancias torcidas, húmedas y con testigos que no entenderán nada de lo que vieron.

El silencio que siguió fue del tipo que hace que la gente deje de respirar. Abundio se puso pálido. Rutilio abrió la boca pero no le salió ningún sonido. Fermín y Otilio se miraron entre sí como preguntándose si debían reírse o salir corriendo. El alcalde, por su parte, se puso rojo primero, luego morado, y finalmente alcanzó un tono de berenjena madura que yo no sabía que fuera posible en un ser humano.

—¿Qué dijo usted? —logró articular después de lo que pareció una eternidad.

—Lo que escuchó, señor alcalde. Los asientos no mienten. Usted morirá pronto y mal.

—¿Me está amenazando?

—No lo estoy amenazando, señor alcalde. Lo estoy informando. Hay una diferencia. Yo no hago que las cosas pasen, yo solo las veo antes de que pasen.

—Usted está loco.

—Puede ser. Pero eso no cambia lo que vi.

Y entonces Cleto hizo algo que todavía me sorprende cuando lo recuerdo. Se limpió la boca con una servilleta de papel, se acomodó el sombrero de fieltro gris que nunca se quitaba ni en misa, dejó dos monedas en la barra para pagar su cuenta, y salió del café con la misma tranquilidad con la que se comenta el clima.

El alcalde se quedó ahí, rodeado de sus lambiscones mudos, tratando de decidir si lo que acababa de pasar había sido real o si Cleto lo había hipnotizado con algún truco italiano. Finalmente se levantó, volcando su silla en el proceso, y gritó algo sobre denunciar al extranjero con las autoridades competentes, aunque no quedaba muy claro cuáles eran esas autoridades dado que él mismo era la máxima autoridad del municipio.

Yo salí detrás de Cleto, alcanzándolo en la esquina de Constitución y Hidalgo.

—¿Se puede saber qué diablos le pasó? —le pregunté sin preámbulos.

Cleto se detuvo, me miró con esos ojos que ya no parecían ver nada del presente, y se encogió de hombros.

—Los asientos no mienten, señora Balvina. Yo vi lo que vi.

—¿Y tenía que decírselo enfrente de todos?

—Él me lo preguntó.

—Hay preguntas que aunque te las hagan, no debes responder.

—Lo sé. Pero el vino me hizo olvidarlo.

—El vino no es excusa.

—Tiene razón. No lo es. Pero tampoco lo puedo deshacer ya.

Nos quedamos ahí parados en la esquina, mientras la neblina de la tarde empezaba a bajar de las montañas y Coatepec se iba llenando de ese chipi-chipi que lo vuelve todo húmedo y gris. Cleto encendió un cigarrillo que sacó de no sé dónde (nunca lo había visto fumar antes) y se quedó mirando las luces del pueblo que empezaban a encenderse.

—¿De verdad lo vio? —le pregunté después de un rato.

—Lo vi, señora Balvina. Tan claro como la estoy viendo a usted ahora. Tal vez más claro, porque usted al menos tiene la decencia de ser un poco borrosa con esta neblina.

—¿Y cuándo?

—Pronto. Muy pronto. Los asientos no son específicos con las fechas, pero sé que es pronto.

—¿Y las circunstancias torcidas y húmedas?

—Esas sí las vi muy claras. Pero prefiero no dar más detalles. Ya dije demasiado.

—Ya lo creo que dijo demasiado.

—Lo sé. Pero ahora ya está dicho, y lo dicho no se puede desmentir sin quedar como mentiroso.

Tenía razón, aunque me daba rabia admitirlo. En Coatepec, como en cualquier pueblo que se respete, lo que se dice en público queda dicho para siempre. Uno puede intentar aclararlo, matizarlo, explicarlo, pero nunca borrarlo. Y Cleto acababa de decir, delante de testigos, que el alcalde iba a morir pronto y mal.

Lo que significaba que ahora solo podían pasar dos cosas: o el alcalde no moría y Cleto quedaba como charlatán, o el alcalde moría y Cleto quedaba como sospechoso número uno.

No había término medio. No había forma de arreglarlo. Cleto Sanabria, en un momento de vino y sinceridad, acababa de cavar su propia tumba en Coatepec.

O tal vez la del alcalde.

O las dos.

—Váyase a su casa, Cleto —le dije finalmente—. Y deje de tomar vino por un tiempo. El vino y la clarividencia no se mezclan bien.

—Tiene razón, señora Balvina. Como casi siempre.

—No casi. Siempre.

Se rio, aunque era una risa sin mucho humor, y se fue caminando hacia su casa azul con ese paso de quien todavía no sabe si la decisión que tomó fue la correcta pero ya es demasiado tarde para cambiarla.

Yo me quedé ahí parada, viendo cómo desaparecía en la neblina, y pensé que los adivinos tienen el mismo problema que las chismosas: sabemos demasiado y decimos más de lo que deberíamos.

La diferencia es que a las chismosas nos perdonan porque todos quieren saber lo que sabemos.

A los adivinos, en cambio, los perdonan solo cuando se equivocan.

Y algo me decía que Cleto Sanabria no se iba a equivocar esta vez.

Lo cual, irónicamente, era lo peor que le podía pasar.

CAPÍTULO 2

El alcalde se muere como no debía

El alcalde Eustacio Montiel murió un martes por la tarde, exactamente once días después de que Cleto le anunciara su muerte en el café de Don Jacinto. Yo sé que fueron once días porque los conté, uno por uno, esperando a ver si Cleto tenía razón o si finalmente iba a quedar como el charlatán que el alcalde siempre había dicho que era.

Resultó que tenía razón. Que es lo peor que le puede pasar a un adivino cuando predice la muerte de alguien importante.

Pero antes de llegar a la muerte, que es lo que todos quieren saber, hay que contar lo que pasó en esos once días, porque fueron once días en los que Coatepec se dividió en dos bandos claramente diferenciados: los que creían en Cleto y los que no. Y como siempre pasa en estos casos, los dos bandos estaban igualmente equivocados y tenían igualmente razón.

El bando de los creyentes estaba encabezado por Lidia Contreras, que desde el principio había dicho que Cleto tenía un don especial y que el alcalde haría bien en hacerse un chequeo médico en lugar de andar burlándose del italiano. A Lidia se le unieron Petrona Guzmán (que todavía esperaba la aparición del hombre alto con bigote que trabajaba en el gobierno), Marcela Suárez (que nunca le había perdonado al alcalde que le negara un permiso de construcción por razones que ella consideraba mezquinas), y sorprendentemente, Don Refugio el notario, que dijo que él había visto cosas más raras en su vida y que no le costaba nada creer que un calabrés pudiera ver el futuro en una taza de café.

El bando de los no creyentes, por su parte, estaba encabezado por el propio alcalde, que pasó los primeros tres días después de la predicción riéndose del asunto y los siguientes ocho cada vez más nervioso. A Don Eustacio lo acompañaban en su incredulidad Abundio Perales (que no

tenía opinión propia sobre nada pero que siempre apoyaba al alcalde por si acaso), Rutilio Zárate (que aunque secretamente creía en Cleto no iba a admitirlo en público), y Don Evaristo, que seguía resentido porque Cleto le había corregido lo de Cristóbal Colón delante de todos.

Yo, como siempre, me mantuve neutral. No porque no tuviera opinión, sino porque mi trabajo era observar, reportar y comentar, no tomar partido. Además, tenía la sospecha de que sin importar lo que pasara, iba a tener material para chismear durante meses.

Los primeros tres días después de la predicción fueron relativamente tranquilos. El alcalde siguió con su rutina normal: llegaba a la presidencia municipal a las nueve de la mañana (aunque oficialmente debía llegar a las ocho), se encerraba en su oficina a hacer quién sabe qué (probablemente nada), salía a comer al restaurante de Doña Meche a las dos de la tarde, regresaba a su oficina a las cuatro, y se iba a su casa a las cinco y media. Los fines de semana los pasaba en su rancho de las afueras, donde criaba vacas que según él eran de raza fina pero que Lidia juraba que eran tan corrientes como las de cualquier otro.

Pero a partir del cuarto día, empezaron a notarse los cambios. Pequeños al principio, casi imperceptibles para quien no estuviera prestando atención. Pero yo siempre estoy prestando atención.

El alcalde empezó a mirar por encima del hombro cuando caminaba por la calle. Dejó de sentarse junto a las ventanas en los restaurantes. Canceló su visita semanal al rancho diciendo que tenía mucho trabajo (lo cual era obviamente falso porque el alcalde nunca tenía mucho trabajo). Y lo más revelador de todo: dejó de burlarse de Cleto en público.

Para el octavo día, Don Eustacio ya parecía un hombre diferente. Había adelgazado, tenía ojeras que no le había visto ni cuando estuvo enfermo de la vesícula, y se sobresaltaba cada vez que alguien lo saludaba por sorpresa.

Lidia me contó (y Lidia nunca miente, solo exagera un poco) que el alcalde había mandado llamar a un médico de Xalapa para que le hiciera un chequeo completo. El médico le dijo que estaba perfectamente sano, que tenía la presión un poco alta pero nada preocupante, y que debería dejar de angustiarse por tonterías. El alcalde le pagó, le agradeció, y apenas el médico se fue, mandó llamar a otro médico para una segunda opinión.

El segundo médico le dijo exactamente lo mismo que el primero.

El alcalde, no convencido, estaba considerando llamar a un tercero cuando llegó el martes fatídico.

Ese martes amaneció con una lluvia fina y persistente, de esas que en Coatepec llamamos chipi-chipi y que pueden durar horas o días sin que uno sepa cuándo van a parar. El alcalde, según me contó después Abundio (que era un chismoso de closet), llegó a la presidencia

municipal más temprano que de costumbre, antes de las ocho de la mañana, y se encerró en su oficina con instrucciones de que no lo molestaran.

A las diez de la mañana recibió una llamada de Don Ausencio Villalobos, dueño de una de las fincas cafetaleras más grandes del municipio. Don Ausencio le pedía que fuera a su finca a supervisar no sé qué asunto relacionado con un permiso de ampliación que había solicitado hacía meses y que el alcalde había dejado en el limbo burocrático que era su especialidad.

El alcalde, que normalmente habría delegado ese tipo de visitas en el síndico o en algún regidor, aceptó ir personalmente. Abundio me dijo después que le pareció raro, pero que no dijo nada porque uno no cuestiona las decisiones del alcalde, aunque sean decisiones estúpidas.

Don Eustacio salió de la presidencia municipal a las diez y media, acompañado de Abundio (que iba como testigo oficial de lo que fuera que fueran a supervisar) y de Fermín Casas (que iba porque era amigo personal de Don Ausencio y había sido quien gestionó la reunión). Subieron a la camioneta del municipio, una Ram vieja que ya había pedido jubilación hacía dos presidencias pero que seguía funcionando por pura inercia mecánica, y se fueron hacia la finca de Villalobos que quedaba como a veinte minutos de Coatepec, por el camino que sube hacia Xico.

La lluvia había empeorado. El chipi-chipi se había convertido en aguacero, y el camino de terracería que llevaba a la finca estaba resbaloso como jabón mojado. Pero el alcalde insistió en seguir adelante, según Abundio porque Don Ausencio era un hombre importante y no podían hacerlo esperar, y según Fermín porque Don Eustacio estaba empeñado en demostrar que no le tenía miedo a ninguna predicción de ningún italiano charlatán.

Llegaron a la finca pasadas las once de la mañana. Don Ausencio los recibió con café caliente y pan dulce, y se pusieron a discutir el asunto del permiso de ampliación con esa combinación de cortesía y cinismo que caracteriza a todas las negociaciones entre políticos y empresarios. Abundio me contó que la conversación duró como media hora, que el alcalde parecía distraído pero cordial, y que al final accedió a aprobar el permiso siempre y cuando Don Ausencio hiciera unas pequeñas modificaciones que en realidad no modificaban nada pero que hacían que el alcalde pareciera estar haciendo su trabajo.

Firmaron los papeles, se dieron un apretón de manos, y el alcalde anunció que debían regresar a Coatepec porque tenía una reunión con el tesorero a las dos de la tarde (mentira, no tenía ninguna reunión, solo quería irse).

Fue entonces cuando Don Ausencio cometió el error que nadie pudo haber previsto.

—Antes de que se vayan —dijo—, ¿quieren ver el beneficio nuevo que instalamos? Quedó justo junto al río y aprovechamos el agua de la corriente. Es una maravilla de ingeniería.

El alcalde, que en circunstancias normales habría declinado cortésmente, aceptó. Abundio me dijo que le pareció que Don Eustacio aceptó solo por educación, pero Fermín insistió en que el alcalde se veía genuinamente interesado en ver el bendito beneficio.

Salieron de la casa principal de la finca y caminaron bajo la lluvia hacia el beneficio, que quedaba como a cien metros río abajo. El camino era empinado y resbaloso, lleno de lodo y piedras sueltas. Don Ausencio iba adelante, seguido por Fermín, luego el alcalde, y finalmente Abundio cerrando la procesión.

Lo que pasó después es materia de debate dependiendo a quién le preguntes, pero todos coinciden en los hechos básicos: cuando el alcalde iba más o menos a la mitad del camino, resbaló.

No fue un resbalón dramático. No se cayó rodando como en las películas. Simplemente perdió el equilibrio, dio dos pasos torpes tratando de recuperarlo, y terminó sentado en el lodo con una expresión entre sorprendida y mortificada.

Fermín se rio. Don Ausencio se disculpó profusamente. Abundio trató de ayudarlo a levantarse.

El alcalde se levantó por su cuenta, cubierto de lodo de la cintura para abajo, y dijo que estaba bien, que solo era lodo, que siguieran adelante.

Y siguieron adelante.

Llegaron al beneficio, que efectivamente era impresionante si a uno le impresionan ese tipo de cosas. Don Ausencio les explicó el sistema de procesamiento del café, cómo el agua del río movía la maquinaria, cómo habían optimizado el uso de espacio. El alcalde escuchaba con cortesía pero claramente incómodo, empapado y lleno de lodo, queriendo irse pero demasiado orgulloso para admitir que prefería estar seco y limpio en su oficina.

Fue cuando estaban saliendo del beneficio que el alcalde volvió a resbalar. Esta vez en una plancha de concreto que estaba húmeda por la lluvia y por el agua que salpicaba desde las pilas de fermentación. Resbaló, trató de agarrarse de una viga de madera que resultó estar podrida, y cayó de espaldas contra el borde de una de las pilas.

Se escuchó un ruido seco, como cuando uno cierra un libro grande de golpe.

El alcalde se quedó muy quieto, sentado en el suelo, con la espalda contra el concreto y una expresión en el rostro que Abundio describió después como de absoluta confusión.

—¿Está bien, señor alcalde? —preguntó Fermín.

—No lo sé —respondió Don Eustacio con una voz muy baja—. Creo que me golpeé la cabeza.

Y entonces se desplomó hacia adelante, inconsciente.

Lo que siguió fue caos. Don Ausencio corrió a buscar ayuda. Fermín trató de reanimarlo. Abundio se puso a rezar el Padre Nuestro en voz alta porque era lo único que se le ocurrió hacer. Llegaron trabajadores de la finca, alguien trajo una camioneta, metieron al alcalde en la parte de atrás como pudieron, y salieron disparados hacia Coatepec.

No llegaron al hospital. A medio camino, Fermín que iba atrás con el alcalde, empezó a gritar que Don Eustacio no respiraba. Pararon la camioneta. Intentaron reanimarlo. Siguieron hacia el hospital. Pero todos sabían, aunque nadie lo dijera, que ya era tarde.

El alcalde Eustacio Montiel fue declarado muerto a las doce y cuarenta de la tarde del martes once de abril. Causa de muerte: traumatismo craneoencefálico por caída accidental. Circunstancias: torcidas (resbaló dos veces), húmedas (llovía y estaba empapado), con testigos (Abundio, Fermín y Don Ausencio) que no entendían nada de lo que habían visto (porque todo había pasado muy rápido y de manera muy absurda).

Exactamente como Cleto lo había predicho.

La noticia llegó a Coatepec antes que el cuerpo. Para las dos de la tarde, todo el pueblo sabía que el alcalde había muerto. Para las tres, todo el pueblo sabía cómo había muerto. Para las cuatro, todo el pueblo estaba frente a la casa azul de Cleto Sanabria, algunos con curiosidad, otros con temor, y unos pocos con antorchas metafóricas listas para quemar al brujo italiano.

Yo llegué a la casa de Cleto a las cinco de la tarde. Lo encontré sentado en su patio trasero, con una copa de vino en la mano (había vuelto a tomar, naturalmente), mirando la lluvia caer sobre sus macetas de albahaca.

—Ya se murió, ¿verdad? —me preguntó sin voltear a verme.

—Ya se murió —confirmé.

—¿Cómo fue?

—Torcido, húmedo y con testigos confundidos. Exactamente como usted dijo.

Cleto se quedó callado un momento, tomando vino con esa expresión de quien acaba de ganar y perder al mismo tiempo.

—¿Sabe cuál es el problema, señora Balvina?

—¿Cuál?

—Que yo no quería tener razón. Que habría preferido equivocarme y quedar como charlatán.

—Pues ya es tarde para eso.

—Lo sé. Ahora vienen los problemas.

—Los problemas ya están aquí, Cleto. Hay gente afuera de su casa que quiere respuestas.

—¿Y qué les digo?

—Que usted solo vio lo que iba a pasar, no que lo hizo pasar.

—¿Y me van a creer?

—Algunos sí. Otros no. Y otros van a creer lo que les convenga creer.

—Entonces estoy perdido.

—Probablemente.

Nos quedamos ahí sentados, viendo caer la lluvia, mientras afuera la gente empezaba a murmurar y a especular y a convertir una muerte accidental en un crimen premeditado por la simple razón de que alguien la había predicho once días antes.

El alcalde se había muerto como no debía: de manera absurda, ridícula, prevenible y exactamente como Cleto había dicho.

Y eso, en Coatepec como en cualquier pueblo, era suficiente para convertir a un adivino en asesino.

Aunque no hubiera matado a nadie.

Aunque solo hubiera sido culpable de ver demasiado claro y hablar demasiado alto.

Pero eso, como ya empezaba a aprender Cleto Sanabria, no importaba cuando la gente necesitaba un culpable.

Y él era el candidato perfecto.

CAPÍTULO 3

El sospechoso número uno aprende a callar

El comandante Silvino Aparicio llegó a Coatepec dos días después de la muerte del alcalde, en una patrulla que parecía haber sobrevivido a la Revolución y a varios sexenios de mal gobierno. Venía de Xalapa con instrucciones de investigar las circunstancias de la muerte de Don Eustacio Montiel, no porque hubiera indicios de crimen (no los había), sino porque cuando un alcalde se muere de manera extraña y alguien predijo su muerte once días antes, las autoridades estatales no pueden simplemente ignorarlo y esperar que todo se arregle solo.

El comandante Aparicio era un hombre de unos cincuenta años, bajo y gordo, con un bigote que le cubría media cara y una manera de hablar que sonaba a que todo lo que decía era una pregunta, aunque no lo fuera. Llegó con dos agentes jóvenes que parecían estar ahí solo para cargar papeles y asentir con la cabeza cada vez que el comandante decía algo.

Yo lo vi llegar porque, como ya he explicado, mi trabajo en este pueblo es estar donde pasan las cosas antes de que pasen. El comandante fue directo a la presidencia municipal, donde Rutilio Zárate había asumido funciones de alcalde interino con un entusiasmo que muchos consideramos indecente dado que el pobre Don Eustacio ni siquiera llevaba dos días enterrado.

La primera persona a la que el comandante Aparicio quiso interrogar fue, naturalmente, a Cleto Sanabria.

Mandó a uno de los agentes jóvenes a buscar al italiano con instrucciones de traerlo a la presidencia municipal "voluntariamente pero con firmeza", lo cual en lenguaje policiaco significa que si no venía por las buenas, lo traerían por las malas.

Cleto vino por las buenas. Llegó a las diez de la mañana, puntual como siempre, vestido con su camisa blanca arrugada, sus pantalones negros demasiado elegantes, y su sombrero de fieltro gris que para entonces ya era parte de su identidad como el acento imposible y las macetas de albahaca.

Yo, naturalmente, me las arreglé para estar presente en el interrogatorio. No dentro de la oficina, porque eso habría sido demasiado obvio, pero sí en la sala de espera de la presidencia municipal, sentada estratégicamente junto a la puerta del despacho que Rutilio había cedido al comandante y que tenía una rendija lo suficientemente amplia como para que el sonido se filtrara con claridad.

Lo acompañaba Lidia Contreras, que supuestamente estaba ahí para pagar el agua pero que en realidad, como yo, quería saber qué iba a pasar con el italiano.

El comandante empezó con las preguntas de rutina. Nombre completo, edad, lugar de origen, tiempo de residencia en México, ocupación. Cleto respondió todo con una calma que yo sabía que era fingida porque llevaba más de medio año conociéndolo y podía distinguir cuando estaba tranquilo de verdad de cuando solo estaba pretendiendo estarlo.

—Cleto Sanabria, cincuenta y cuatro años, nacido en Crotone, Calabria, Italia. Llevo siete meses en México, seis de ellos en Coatepec. Mi ocupación es consultor espiritual.

—¿Consultor espiritual? —preguntó el comandante con ese tono de quien acaba de escuchar algo ridículo—. ¿Y eso qué es?

—Leo el futuro en los asientos del café, comandante.

Hubo una pausa. Luego se escuchó el sonido de alguien (probablemente uno de los agentes jóvenes) tosiendo para disimular una risa.

—¿Me está diciendo que es adivino?

—Prefiero el término consultor espiritual, pero sí, en esencia, leo la fortuna.

—Ya veo —dijo el comandante, aunque era obvio que no veía nada—. Y dígame, Don Cleto, ¿es cierto que usted predijo la muerte del alcalde Montiel once días antes de que ocurriera?

—Es cierto.

—¿Y cómo supo que iba a morir?

—Lo vi en los asientos del café.

Otra pausa. Esta vez más larga.

—Don Cleto, con todo respeto, pero necesito que me hable con seriedad. Un hombre ha muerto. Un alcalde. No puedo poner en mi reporte que usted sabía que iba a morir porque lo vio en una taza de café.

—Pues entonces ponga que lo vi en una visión, comandante. O en un sueño. O que simplemente lo supe. Pero la verdad es que lo vi en los asientos del café, y no tengo otra explicación que darle.

Se escuchó el sonido de una silla arrastrándose. El comandante se había levantado.

—¿Usted conocía al alcalde Montiel?

—Lo conocía de vista. Habíamos hablado en un par de ocasiones.

—¿Tenía algún problema con él?

—No más que el que él tenía conmigo.

—¿Y cuál era ese problema?

—Que yo leía el futuro y él no creía en eso. Pensaba que yo era un charlatán.

—¿Y eso lo molestaba a usted?

—No particularmente. La gente puede pensar lo que quiera de mí.

—Pero usted le dijo enfrente de testigos que iba a morir.

—Él me preguntó qué veía en su futuro. Yo le respondí con la verdad.

—La verdad —repitió el comandante con un tono que dejaba claro que no le gustaba esa palabra en ese contexto—. Dígame, Don Cleto, ¿usted sabía cómo iba a morir el alcalde?

—Sabía que sería en circunstancias torcidas, húmedas y con testigos confundidos.

—Eso es muy específico.

—Los asientos a veces son específicos.

—¿Sabía dónde iba a morir?

—No.

—¿Sabía cuándo exactamente?

—No. Solo que sería pronto.

—¿Y no se le ocurrió advertirle al alcalde que tuviera cuidado?

—Se lo advertí, comandante. Le dije exactamente lo que iba a pasar. Él decidió no creerme.

—O tal vez usted decidió hacer que pasara.

Y ahí estaba. La acusación que todos habíamos estado esperando desde que el alcalde se murió exactamente como Cleto lo había predicho.

Pero Cleto, para mi sorpresa, no se alteró. No levantó la voz. No se defendió con vehemencia. Simplemente dijo, con esa calma que sonaba a resignación:

—Comandante, si yo hubiera querido matar al alcalde, no lo habría anunciado once días antes delante de testigos. Eso sería estúpido. Y yo puedo ser muchas cosas, pero estúpido no soy.

Era un buen argumento. Tan bueno que incluso el comandante se quedó callado un momento, probablemente tratando de encontrarle alguna falla lógica y no encontrándola.

—¿Dónde estaba usted el martes pasado entre las diez de la mañana y las dos de la tarde?

—En mi casa.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—Probablemente no. Vivo solo.

—Qué conveniente.

—Comandante —dijo Cleto con un suspiro que sonó a cansancio—, si quiere arrestarme, arrésteme. Si quiere acusarme de algo, acúseme. Pero deje de dar vueltas al asunto. Yo no maté al alcalde. Lo único que hice fue ver que iba a morir y tener la imprudencia de decirlo en voz alta.

El comandante se quedó callado otro rato. Luego se escuchó el sonido de papeles siendo recogidos.

—No lo voy a arrestar, Don Cleto. Todavía no. Pero le voy a pedir que no salga de Coatepec hasta que termine mi investigación. ¿Entendido?

—Entendido, comandante. De todas formas no tenía planeado ir a ningún lado.

—Y otra cosa. Le voy a pedir que deje de leerle el futuro a la gente por un tiempo. No quiero más predicciones, no quiero más muertes anunciadas, no quiero más problemas.

—¿Me está prohibiendo trabajar?

—Le estoy pidiendo que use el sentido común. Si alguien más se muere en circunstancias extrañas después de que usted predijo su muerte, voy a tener que considerarlo seriamente como sospechoso. ¿Me explico?

—Se explica perfectamente, comandante.

—Bien. Puede irse.

Cleto salió de la oficina con la misma calma con la que había entrado, pasó junto a Lidia y a mí sin mirarnos (aunque yo sé que nos vio), y salió de la presidencia municipal con ese paso de europeo pobre que nunca lo abandonaba.

Lidia me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Lo van a meter a la cárcel?

—Todavía no —le dije—. Pero si el comandante no encuentra otra explicación para la muerte del alcalde, Cleto va a terminar en Pacho Viejo aunque no haya hecho nada.

—Pero no hizo nada. Solo dijo lo que vio.

—Eso no importa, Lidia. La gente necesita un culpable, y Cleto es el candidato perfecto.

Salí de la presidencia municipal y alcancé a Cleto en la esquina de Constitución. Iba caminando despacio, con las manos en los bolsillos y la mirada perdida en algún punto indefinido del horizonte.

—¿Cómo le fue? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Como era de esperarse, señora Balvina. El comandante cree que yo maté al alcalde, pero no tiene pruebas. Así que me dejó ir con una advertencia.

—¿Y qué va a hacer?

—Lo que me dijo el comandante. Voy a callarme la boca. Voy a dejar de leer asientos de café. Voy a ser invisible hasta que esto se olvide.

—¿Y cree que se va a olvidar?

—No. Pero al menos voy a intentar no empeorarlo.

Caminamos en silencio un rato. La neblina de la mañana empezaba a levantarse, aunque Coatepec nunca se despeja del todo. Siempre hay algo de humedad en el aire, algo de gris en el cielo.

—Señora Balvina —me dijo Cleto de repente—, ¿usted cree que yo lo maté?

—No —le dije sin dudar—. Usted no mató a nadie. Solo tuvo la mala suerte de ver lo que iba a pasar y la peor suerte todavía de decirlo en voz alta.

—Gracias.

—No me agradezca. Yo solo digo la verdad. El problema es que en este pueblo, como en cualquier pueblo, la verdad a veces importa menos que lo que la gente quiere creer.

—¿Y qué quiere creer la gente?

—Algunos quieren creer que usted es un asesino brujo que mató al alcalde con magia italiana. Otros quieren creer que usted es un vidente genuino que vio el futuro y no pudo hacer nada para evitarlo. Y otros, los

más sensatos, quieren creer que todo fue una coincidencia y que usted simplemente tuvo suerte de adivinar.

—¿Y usted qué cree?

—Yo creo que usted vio lo que iba a pasar, que lo dijo porque el vino le soltó la lengua, y que ahora está pagando el precio de su honestidad. Que es el peor precio que uno puede pagar en este mundo.

Cleto se rio, aunque era una risa sin mucho humor.

—¿Sabe qué es lo irónico, señora Balvina?

—¿Qué?

—Que yo pasé toda mi vida viendo el futuro de los demás, pero nunca vi el mío propio. Nunca vi que iba a terminar en un pueblo mexicano, acusado de matar a un alcalde que murió por resbalarse dos veces en el lodo.

—Tal vez es mejor así. Si hubiera visto su propio futuro, probablemente no habría venido a México.

—Tiene razón. Me habría quedado en Italia, donde al menos la gente me odiaba en mi propio idioma.

Nos despedimos en la esquina de su casa. Cleto entró a su casa azul, cerró la puerta, y no volvió a salir en tres días. Lidia me contó que lo veía por la ventana, regando sus macetas de albahaca y tomando vino, pero que no recibía visitas ni abría la puerta aunque tocaran.

El comandante Aparicio se quedó en Coatepec una semana más, interrogando a todo el que había estado presente cuando Cleto hizo su predicción y a todo el que había estado presente cuando el alcalde murió. Habló con Abundio, con Fermín, con Don Ausencio, con Rutilio, con los trabajadores de la finca, con Don Jacinto, con los ancianos del dominó. Les preguntó si Cleto había estado en contacto con el alcalde, si había visitado la finca de Villalobos antes, si tenía algún motivo para querer muerto a Don Eustacio.

Nadie pudo darle ninguna información útil. Porque no había información útil que dar. Cleto no había matado al alcalde. El alcalde se había matado solo, resbalándose en el lodo como un idiota.

Pero eso no hacía que Cleto dejara de ser sospechoso. Solo hacía que el comandante se frustrara más.

Al octavo día, el comandante se rindió. No oficialmente, porque los comandantes nunca se rinden oficialmente, pero sí en la práctica. Le dijo a Rutilio que la muerte del alcalde había sido accidental, que no había indicios de crimen, y que el caso quedaba cerrado. Pero también le dijo, en voz lo suficientemente alta como para que yo lo escuchara desde el café de Don Jacinto, que si algo le pasaba a Cleto Sanabria, no iba a investigar muy a fondo.

Lo cual era básicamente darle permiso al pueblo para linchar al italiano si les daba la gana.

Esa noche fui a casa de Cleto. Me abrió con una copa de vino en la mano y una expresión de resignación en el rostro.

—Ya sé lo que me va a decir, señora Balvina. Que el comandante cerró el caso pero que yo sigo siendo sospechoso. Que la gente me odia. Que debería irme de Coatepec antes de que alguien decida hacer justicia por su propia mano.

—No vengo a decirle eso.

—¿No?

—No. Vengo a decirle que guarde sus cosas más valiosas en un lugar seguro, que deje de tomar vino por un tiempo, y que aprenda a callarse la boca aunque vea el fin del mundo en una taza de café.

—¿Eso es todo?

—No. También vengo a decirle que si necesita ayuda, me la pida. Porque aunque la mitad del pueblo lo odie, la otra mitad todavía lo respeta. Y yo tengo influencia con esa mitad.

Cleto me miró con esos ojos verdes que habían visto demasiado y que ahora parecían cansados de tanto ver.

—Gracias, señora Balvina. De verdad.

—No me agradezca todavía. Los problemas apenas empiezan.

—Lo sé. Pero al menos ahora sé que no estoy solo.

—Nadie está solo en Coatepec, Cleto. Para bien o para mal, siempre hay alguien mirando.

Y con esa verdad incómoda, me fui de su casa dejándolo con su vino y su futuro incierto.

El sospechoso número uno había aprendido a callar.

Pero ya era demasiado tarde.

El daño estaba hecho, y ahora solo quedaba esperar a ver si Cleto sobrevivía a su propia clarividencia.

CAPÍTULO 4

Pacho Viejo como amenaza

La posibilidad de que Cleto terminara en la cárcel de Pacho Viejo dejó de ser una especulación abstracta y se convirtió en una amenaza concreta el día que Rutilio Zárata, en su nueva capacidad de alcalde interino, recibió una carta del Ministerio Público estatal solicitando que el caso de la muerte de Don Eustacio Montiel fuera reabierto.

No porque hubieran encontrado nuevas pruebas. No porque alguien hubiera confesado algo. Sino porque la viuda del alcalde, Doña Elodia

Montiel, había contratado a un abogado de Xalapa que le había llenado la cabeza de ideas sobre asesinato premeditado, brujería, y conspiración para eliminar a su marido.

El abogado se llamaba Licenciado Nabor Preciado, y era de esos abogados que hablan mucho, cobran más, y resuelven poco. Llegó a Coatepec un viernes por la tarde, en un Volkswagen azul que parecía estar gritando que su dueño quería aparentar más de lo que tenía, vestido con un traje que le quedaba media talla chico y una corbata tan brillante que lastimaba la vista.

Yo lo vi llegar porque, como siempre, estaba en el lugar correcto en el momento correcto. El licenciado Preciado fue directo a la casa de la viuda Montiel, donde se encerró con Doña Elodia durante dos horas. Cuando salió, llevaba un folder manila lleno de papeles y una expresión de suficiencia que me cayó mal de inmediato.

Lidia, que había estado espiando desde su ventana (cosa que yo jamás haría, por supuesto), me contó que había visto al abogado tomando notas mientras Doña Elodia hablaba y lloraba y señalaba hacia la casa azul de Cleto con gestos dramáticos.

—Ese abogado tiene cara de vividor —me dijo Lidia esa tarde mientras tomábamos café en su sala—. De esos que le sacan dinero a las viudas haciéndoles creer que pueden resucitar a sus maridos si pagan suficiente.

—No va a resucitar a nadie —le dije—, pero sí va a hacer sufrir a Cleto. Y de paso se va a llenar los bolsillos.

—¿Crees que puedan meter a Cleto a la cárcel?

—Si el abogado es lo suficientemente convincente y Doña Elodia tiene suficiente dinero para pagar sobornos, sí. Pueden meterlo a Pacho Viejo aunque no haya hecho nada.

Lidia se persignó. Pacho Viejo no era solo una cárcel. Era un concepto. Una amenaza. El lugar donde mandaban a la gente que el sistema quería olvidar. Quedaba en Comalcalco, como a hora y media de Coatepec, y tenía fama de ser un lugar donde entraban personas y salían sombras.

Cleto, naturalmente, no sabía nada de esto. Llevaba dos semanas encerrado en su casa, sin recibir visitas, sin leer asientos de café, prácticamente invisible. Sus únicas salidas eran para comprar lo mínimo en el mercado, siempre temprano en la mañana cuando había poca gente, y siempre con la cabeza gacha y el sombrero calado hasta las orejas.

Yo había ido a verlo un par de veces, llevándole tamales y noticias, tratando de mantenerlo informado de lo que pasaba en el pueblo. Pero Cleto parecía haberse resignado a su suerte. Ya no tomaba vino. Ya no cultivaba su albahaca con el mismo empeño. Ya no corregía datos

históricos ni discutía sobre quesos italianos. Era como si se hubiera apagado por dentro.

Fue el lunes siguiente cuando las cosas empeoraron. El licenciado Preciado presentó formalmente una denuncia ante el Ministerio Público acusando a Cleto Sanabria de homicidio doloso agravado por premeditación y ventaja. La ventaja, según el abogado, era que Cleto había usado "artes oscuras y conocimientos prohibidos" para causar la muerte del alcalde, lo cual le daba una ventaja injusta sobre su víctima.

Era ridículo, por supuesto. Pero también era legal. La ley mexicana tiene un espacio curioso para este tipo de acusaciones, una zona gris heredada del siglo XIX donde la brujería y el maleficio todavía se consideran circunstancias agravantes si uno logra convencer al juez de que existieron.

El comandante Aparicio regresó a Coatepec ese mismo lunes, aunque esta vez no venía solo. Lo acompañaba el agente del Ministerio Público, un hombre joven y nervioso llamado Licenciado Efrén Solís, que parecía estar más asustado del caso que interesado en resolverlo.

Llegaron a la casa de Cleto a las cuatro de la tarde. Yo llegué cinco minutos después, porque Lidia me había llamado en cuanto vio la patrulla estacionarse frente a la casa azul.

—¿Qué hacen aquí? —le pregunté al comandante Aparicio cuando lo encontré tocando la puerta de Cleto.

—Venimos a hacer unas preguntas adicionales, Doña Balvina. Nada de qué preocuparse.

—Las preguntas adicionales siempre son de qué preocuparse, comandante.

Cleto abrió la puerta con esa expresión de resignación que había adoptado en las últimas semanas. Cuando vio al comandante acompañado del licenciado del Ministerio Público, suspiró de una manera que sonó como si estuviera exhalando todo el aire que le quedaba en el cuerpo.

—Pasen —dijo simplemente.

Yo entré detrás de ellos sin pedir permiso. El comandante me miró con desaprobación, pero no me echó. Conocía mi reputación en el pueblo y sabía que era mejor tenerme adentro escuchando que afuera especulando.

El licenciado Solís sacó un cuaderno y empezó a hacer preguntas que ya le habían hecho a Cleto antes. Que si conocía al alcalde. Que si tenía algún conflicto con él. Que si había visitado la finca de Don Ausencio. Que si sabía cómo preparar venenos. Esta última pregunta me hizo voltear a verlo con incredulidad.

—¿Venenos? —preguntó Cleto con la misma incredulidad—. El alcalde se murió de un golpe en la cabeza, no envenenado.

—Sí, pero necesitamos descartar todas las posibilidades —dijo el licenciado Solís con un tono que sugería que él tampoco creía en lo que estaba preguntando.

—Sé hacer pasta, señor licenciado. Y ossobuco. Y risotto. Pero venenos no.

—¿Y maleficios?

Hubo un silencio. Cleto miró al licenciado como si no pudiera creer que le estuviera preguntando eso en serio.

—¿Me está preguntando si sé hacer maleficios?

—Es una pregunta legítima dadas las circunstancias.

—Las circunstancias —repitió Cleto— son que un hombre se resbaló dos veces en el lodo y se murió. Yo no tuve nada que ver con eso.

—Pero usted predijo que iba a morir.

—Sí. Porque lo vi en los asientos del café. No porque lo planeara.

—¿Y cómo sabemos que lo que usted vio no fue lo que usted mismo iba a hacer?

Era una pregunta circular, estúpida, del tipo que solo un abogado mediocre podría hacer. Pero también era peligrosa porque no tenía una respuesta satisfactoria. Si Cleto decía que no había visto nada, quedaba como mentiroso. Si insistía en que había visto el futuro, quedaba como brujo. No había forma de ganar.

—Licenciado —intervine yo—, con todo respeto, pero esto es una tontería. Cleto no mató a nadie. Si quiere acusarlo de algo, acúselo de imprudente por decir lo que vio. Pero no de asesino.

—Doña Balvina, aprecio su intervención, pero esto es un asunto legal que no...

—Es un asunto de pueblo —lo interrumpí—. Y en este pueblo yo tengo más autoridad que cualquier papel que usted traiga de Xalapa.

El comandante Aparicio tosió para disimular una sonrisa. El licenciado Solís me miró con una mezcla de irritación y miedo, probablemente tratando de decidir si yo era una amenaza o simplemente una vieja molesta.

Decidió ignorarme y seguir con sus preguntas.

—Don Cleto, ¿estaría dispuesto a someterse a una evaluación psicológica?

—¿Para qué?

—Para determinar su estado mental. Si sufrió alguna alteración que lo llevó a...

—¿A qué? ¿A matar al alcalde con el poder de mi mente? —Cleto se rio, pero era una risa amarga—. Licenciado, si yo tuviera ese poder, créame

que lo habría usado para conseguir mejores cosas que matar a un alcalde de pueblo.

—Su actitud no ayuda a su caso, Don Cleto.

—Mi actitud es de alguien que está cansado de responder las mismas preguntas estúpidas una y otra vez. Si me van a arrestar, arrésteme. Si no, déjenme en paz.

El licenciado Solís cerró su cuaderno con un gesto brusco.

—Muy bien. Queda usted citado para comparecer ante el Ministerio Público en Xalapa el próximo viernes a las diez de la mañana. Si no se presenta, giraremos una orden de aprehensión en su contra.

—Ahí estaré.

—Y le recomiendo que consiga un abogado. Porque la viuda Montiel está decidida a proceder con cargos penales.

—¿Y de qué me acusa exactamente?

—De homicidio doloso agravado por premeditación, ventaja y uso de medios sobrenaturales.

Cleto se quedó callado un momento. Luego preguntó, con una voz muy baja:

—¿Y cuál es la pena por eso?

—De veinte a cuarenta años de prisión.

—¿En Pacho Viejo?

—Probablemente.

Y ahí estaba. La amenaza concreta. Pacho Viejo. Veinte a cuarenta años. Por haber visto el futuro en una taza de café y haber tenido la imprudencia de decirlo en voz alta.

El comandante y el licenciado se fueron dejando a Cleto sentado en su sala, mirando al vacío con esa expresión de quien acaba de entender que su vida se acabó aunque siga respirando.

Yo me quedé con él. No dije nada durante un rato porque no había nada que decir. Finalmente, Cleto habló:

—Pacho Viejo.

—Sí.

—He oído cosas de ese lugar.

—Todos hemos oído cosas.

—Dicen que es peor que las cárceles italianas. Y mire que las cárceles italianas son malas.

—No va a llegar a Pacho Viejo, Cleto.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque no lo voy a permitir. Y porque medio pueblo tampoco lo va a permitir.

—La viuda tiene dinero y un abogado. Eso vale más que la simpatía de medio pueblo.

—Tal vez. Pero todavía no han ganado.

Cleto se levantó y fue a la cocina. Volvió con una botella de vino que había estado guardando, la abrió, y se sirvió una copa.

—Creí que había dejado de tomar —le dije.

—Lo había dejado. Pero si voy a terminar en Pacho Viejo, prefiero llegar borracho.

—No sea dramático.

—No es drama, señora Balvina. Es realismo. Un italiano que lee el futuro en el café, acusado de matar a un alcalde usando brujería, en un país que no es el suyo. ¿Qué probabilidades cree que tengo?

—Las mismas que tiene cualquiera en México: depende de quién tenga mejores conexiones y más dinero.

—Pues entonces estoy perdido. Porque yo no tengo ni una cosa ni la otra.

—Tiene amigos. Eso cuenta.

—¿Usted cree?

—Lo sé.

Cleto tomó un trago largo de vino y se quedó mirando por la ventana hacia la neblina de Coatepec que empezaba a bajar con la tarde.

—¿Sabe qué es lo que más me molesta de todo esto, señora Balvina?

—¿Qué?

—Que Pacho Viejo no es lo que me asusta. Lo que me asusta es lo que viene antes. El juicio. Las acusaciones. Tener que explicarle a un juez que yo puedo ver el futuro en el café. Tener que escuchar a un fiscal decir que soy un brujo, un asesino, un charlatán. Tener que ver cómo la gente que me respetaba me señala como criminal.

—Eso ya está pasando.

—Lo sé. Por eso me asusta más.

—¿Y qué va a hacer?

Cleto se terminó su copa de vino y se sirvió otra.

—Lo único que puedo hacer. Presentarme el viernes en Xalapa. Decir la verdad. Y esperar que alguien me crea.

—¿Y si nadie le cree?

—Entonces aprenderé a vivir en Pacho Viejo. O a morir ahí. Lo que venga primero.

Era la primera vez que escuchaba a Cleto hablar de la muerte de esa manera. No como algo que veía en el futuro de otros, sino como algo que podía ser parte de su propio futuro. Y me asustó porque Cleto era muchas cosas, pero derrotista nunca había sido.

—No va a morir en Pacho Viejo —le dije con más convicción de la que sentía—. Porque vamos a encontrar la forma de sacarlo de este lío.

—¿Cómo?

—No lo sé todavía. Pero algo se me va a ocurrir. O se le va a ocurrir a alguien. En Coatepec siempre aparece una solución cuando menos la esperas.

—¿Y si no aparece?

—Entonces improvise. Es lo que llevamos haciendo en este país desde que tengo memoria.

Cleto se rio. Una risa corta, seca, pero risa al fin.

—Sabe, señora Balvina, si voy a terminar en la cárcel, al menos voy a terminar ahí sabiendo que tuve una amiga que me defendió cuando nadie más lo hizo.

—No sea tan melodramático. Todavía no lo meten preso.

—Todavía no. Pero es cuestión de tiempo.

Y en eso, como en tantas otras cosas, Cleto tenía razón.

La amenaza de Pacho Viejo ya no era abstracta. Era concreta. Era real. Era la sombra que se cernía sobre la casa azul y sobre el calabrés que había cometido el error de ver demasiado claro.

Solo faltaba ver si esa sombra lo alcanzaría antes de que pudiéramos encontrar la forma de espantarla.

Y yo, Balvina Roviroso, viuda de Ronquillo, chismosa oficial de Coatepec, no estaba acostumbrada a perder.

Todavía no.

CAPÍTULO 5

El pueblo que antes reía ahora señala

La transformación de Coatepec de pueblo acogedor a tribunal popular no ocurrió de un día para otro, pero tampoco tardó mucho. Yo diría que tomó exactamente el tiempo que tarda un chisme en dar la vuelta completa al mercado, pasar por el atrio de la iglesia, detenerse en el café de Don Jacinto, y regresar al punto de partida convertido en algo tres veces más grande y cinco veces más escandaloso que cuando empezó.

En este caso, el chisme era que Cleto Sanabria, el italiano que leía el café, iba a ser enjuiciado por brujo y asesino. Y que la viuda del alcalde

tenía un abogado de Xalapa dispuesto a meterlo a Pachó Viejo aunque tuviera que inventar pruebas.

Yo vi cómo pasó. Estuve ahí en cada etapa de la metamorfosis. Y lo peor de todo es que no pude hacer nada para detenerla, porque cuando un pueblo decide que necesita un chivo expiatorio, no hay fuerza humana que pueda cambiarle la idea.

Todo empezó el sábado siguiente a la visita del licenciado del Ministerio Público. Ese día, como todos los sábados, el mercado estaba lleno. La gente llegaba desde las rancherías cercanas a vender sus productos y a comprar lo que no podían producir ellos mismos. El ambiente normalmente era festivo, ruidoso, lleno de regateos y saludos y el olor a café recién tostado mezclado con el de las flores y las frutas.

Pero ese sábado había algo diferente en el aire. Una tensión que no estaba ahí la semana anterior. Una forma en que la gente hablaba en voz baja cuando pasaba frente a ciertos puestos, lanzando miradas hacia los lados como si temiera ser escuchada por espías invisibles.

Cleto llegó al mercado como a las siete de la mañana, temprano como siempre, buscando evitar las multitudes. Llevaba su sombrero de fieltro gris bien calado y una bolsa de manta para sus compras. Yo lo vi llegar desde el puesto de Doña Carmela, donde estaba comprando cilantro y preguntando sobre el precio del jitomate como si ese fuera el acontecimiento más importante de mi día.

La primera señal de que algo había cambiado fue cuando Cleto se acercó al puesto de Don Mauricio para comprar café. Don Mauricio, que siempre había sido amable con Cleto y que incluso había ido a su casa a que le leyera los asientos, lo saludó con un gesto seco de cabeza y nada más.

—Buenos días, Don Mauricio —dijo Cleto con esa cortesía italiana que nunca lo abandonaba—. Vengo por mi café de siempre.

Don Mauricio sacó el café sin mirarlo a los ojos, lo pesó, lo metió en una bolsa de papel, y dijo el precio con voz plana.

—Son cuarenta pesos.

Cleto sacó el dinero, lo puso en el mostrador, y esperó su cambio. Don Mauricio le dio las monedas sin tocarle la mano, dejándolas caer sobre el mostrador para que Cleto las recogiera.

—¿Está todo bien, Don Mauricio? —preguntó Cleto.

—Todo bien —respondió Don Mauricio mirando hacia otro lado—. Con permiso, tengo otros clientes.

No había otros clientes. Pero Cleto entendió el mensaje. Recogió su café y siguió caminando.

En el puesto de verduras de Lupe, la escena se repitió. Lupe, que normalmente charlaba con todos y que le había vendido albahaca a

Cleto durante meses, lo atendió con una frialdad que cortaba. Cuando Cleto le preguntó si tenía albahaca fresca, Lupe le dijo que se le había acabado, aunque yo podía ver claramente tres manojos de albahaca perfecta en la canasta que estaba a sus pies.

—¿Está segura, Lupe? —insistió Cleto—. Porque veo albahaca ahí...

—Es para otros clientes —cortó Lupe—. Ya está apartada.

—Ah. Entiendo.

Y sí entendía. Como yo entendía. Como entendía cualquiera que tuviera dos dedos de frente.

Seguí a Cleto a prudente distancia mientras hacía sus compras. O intentaba hacerlas. En cada puesto la historia era la misma. Atención fría. Respuestas cortas. Miradas que no se encontraban con las suyas. Y en algunos casos, rechazo directo.

En el puesto de quesos, Don Macario le dijo que no tenía el queso parmesano que Cleto compraba cada semana. En el puesto de pan, la señora Tencha le vendió las piezas sin el pilón que normalmente daba a todos los clientes. En el puesto de chiles, Don Hermenegildo le cobró el doble del precio normal y cuando Cleto protestó, le dijo que esos eran los precios para extranjeros.

Cleto no discutió. No se quejó. Simplemente pagó lo que le pedían, o se fue sin comprar cuando el rechazo era demasiado obvio. Su expresión se fue endureciendo con cada encuentro, pero mantuvo la compostura.

Hasta que llegó al puesto de Petrona Guzmán.

Petrona había sido una de las primeras clientas de Cleto. Había ido a su casa docenas de veces a que le leyera los asientos. Le había llevado tamales y café y hasta le había regalado una maceta para su albahaca. Y Cleto le había predicho, correctamente, que su hija se casaría con un hombre más alto que Esteban, con bigote y que trabajaba en el gobierno.

La predicción se había cumplido dos semanas después de la muerte del alcalde, cuando la hija de Petrona conoció a un inspector de Hacienda que llegó a Coatepec a revisar las cuentas del municipio. El hombre medía un metro ochenta y cinco, tenía un bigote prominente, y se enamoró de la muchacha en cuanto la vio. Ya estaban comprometidos.

Petrona debería haber estado agradecida con Cleto. Debería haberlo saludado con alegría. Pero cuando Cleto se acercó a su puesto de flores, Petrona lo miró con una expresión que mezclaba miedo y disgusto.

—Buenos días, Doña Petrona —dijo Cleto—. Vengo por mis flores de siempre. Las margaritas blancas.

—No tengo margaritas —dijo Petrona sin mirarlo.

—Veo margaritas ahí en su cubeta.

—Son para la iglesia. Ya están vendidas.

—Entiendo. ¿Tiene otras flores?

—No tengo nada para usted, Don Cleto.

—¿Perdón?

—Que no le vendo nada. Y le voy a pedir que se retire de mi puesto.

Cleto se quedó inmóvil, mirando a Petrona con una expresión de genuina confusión.

—¿Hice algo que la ofendiera, Doña Petrona?

—Usted sabe lo que hizo.

—No, no lo sé. Por favor, dígamelo.

Petrona bajó la voz, pero no tanto como para que yo no la escuchara desde donde estaba fingiendo examinar unos gladiolos.

—Usted mató al alcalde con sus brujerías. Y ahora todos sabemos que es usted un hechicero. Mi comadre Elodia me contó todo. Que usted usó magia negra para hacer que Don Eustacio se cayera y se muriera.

—Eso no es cierto, Doña Petrona. El alcalde murió por accidente.

—Accidente que usted predijo. Eso no es normal, Don Cleto. Eso es brujería.

—Es cafemancia. Es diferente.

—Para mí es lo mismo. Y no quiero tener nada que ver con usted. Así que le pido que se vaya de mi puesto antes de que le eche mal de ojo a mis flores.

Fue como si alguien hubiera prendido un cerillo en un pajar seco. La conversación, aunque en voz baja, había sido escuchada por los puestos cercanos. Y en menos de cinco minutos, todo el mercado sabía que Petrona Guzmán le había negado sus flores al brujo italiano.

La gente empezó a alejarse de Cleto como si tuviera una enfermedad contagiosa. Los pasillos entre los puestos se abrían a su paso, pero no por respeto, sino por miedo. Las conversaciones se detenían cuando él pasaba cerca, y se reanudaban en murmullos apenas se alejaba.

Yo me acerqué a él cuando salía del mercado con su bolsa medio vacía.

—Cleto, espere.

Se detuvo sin voltear.

—Ya vio lo que pasó, señora Balvina. Ahora soy el brujo del pueblo. El asesino. El que usa magia negra para matar alcaldes.

—Es Petrona. Siempre ha sido dramática.

—No es solo Petrona. Es todo el pueblo. ¿Vio cómo me miraban? ¿Vio cómo se apartaban?

—La gente tiene miedo. Y cuando la gente tiene miedo, se pone estúpida.

—Pues entonces Coatepec se puso muy estúpido de repente.

No pude contradecirlo porque tenía razón.

Las cosas empeoraron en los días siguientes. El domingo, Cleto intentó ir a misa como hacía todos los domingos. El padre Ubaldo lo vio entrar y siguió con la ceremonia como si nada, pero la gente en las bancas se movió para dejarle espacio. Demasiado espacio. Cleto terminó sentado solo en una banca completa, rodeado de asientos vacíos como si tuviera un campo de fuerza invisible a su alrededor.

Cuando llegó el momento de dar la paz, nadie se acercó a darle la mano. Cleto se quedó parado, con la mano extendida hacia la nada, hasta que finalmente la bajó y se sentó de nuevo con una expresión que me partió el corazón.

Después de misa, el padre Ubaldo lo llamó aparte. Yo estaba lo suficientemente cerca como para escuchar.

—Don Cleto, necesito hablar con usted.

—Dígame, padre.

—He recibido quejas de algunos feligreses. Dicen que se sienten incómodos con su presencia en la iglesia.

—¿Incómodos?

—Sí. Dadas las circunstancias de la muerte del alcalde y las acusaciones que están circulando...

—¿Me está pidiendo que no venga a misa, padre?

El padre Ubaldo se veía genuinamente angustiado, pero también genuinamente decidido.

—No se lo estoy prohibiendo, Don Cleto. Solo le pido que considere asistir a la misa de las seis de la mañana en lugar de la de once. Hay menos gente y tal vez sería más cómodo para todos.

—Más cómodo para ellos, querrá decir.

—Para todos, hijo.

—Entiendo, padre. Iré a la misa de las seis. O mejor aún, dejaré de ir del todo. No quiero hacer que la casa de Dios sea incómoda para nadie.

—No tiene que ser así...

—Sí tiene que ser así, padre. Y usted lo sabe.

Cleto se fue de la iglesia con esa dignidad europea que le quedaba, pero yo vi cómo le temblaban un poco las manos cuando se acomodó el sombrero.

El lunes, cuando intentó ir al café de Don Jacinto a tomar su espresso de la tarde, Don Jacinto lo recibió en la puerta.

—Lo siento, Don Cleto, pero hoy no puedo atenderlo.

—¿Por qué no?

—Porque tengo clientes que dicen que si usted está aquí, ellos no entran. Y yo no puedo darme el lujo de perder clientes.

—¿Y yo no soy cliente?

—Usted es un cliente. Ellos son veinte.

—Entiendo la aritmética, Don Jacinto.

—No lo tome personal.

—¿Cómo quiere que lo tome si es completamente personal?

Cleto se dio la vuelta y se fue. Don Jacinto se quedó parado en la puerta con expresión culpable, pero no lo llamó de regreso.

El martes, alguien (nunca supimos quién) pintó en la pared de la casa azul la palabra BRUJO con pintura roja que parecía sangre pero que Lidia juró que era pintura vinílica de la ferretería de Don Chema.

Cleto salió por la mañana, vio la palabra, y en lugar de borrarla o cubrirla o hacer cualquier cosa al respecto, simplemente se quedó mirándola un rato largo. Luego entró a su casa y no volvió a salir en todo el día.

El miércoles, un grupo de señoras encabezadas por Doña Elodia, la viuda del alcalde, se presentó frente a la casa de Cleto con rosarios y estampas de la Virgen de Guadalupe. No hicieron nada violento. Solo se quedaron ahí paradas, rezando en voz alta y mirando hacia las ventanas de la casa azul como si esperaran que saliera el diablo en persona.

Yo fui a decirles que se fueran, que estaban molestando a un hombre inocente, que deberían tener vergüenza. Doña Elodia me miró con ojos llorosos pero decididos.

—Ese hombre mató a mi esposo, Balvina. Usó sus brujerías para matarlo. Y yo voy a asegurarme de que pague por eso.

—Don Eustacio se murió porque se resbaló dos veces. Eso no es brujería, es torpeza.

—Cleto predijo que iba a morir. ¿Cómo lo supo si no fue porque él lo planeó?

—Porque es adivino, Elodia. Esa es literalmente su profesión.

—No existe tal profesión. Solo existe la brujería. Y yo voy a rezar aquí todos los días hasta que ese hombre se vaya de Coatepec o termine donde debe terminar, que es en la cárcel.

Y rezó. Durante tres horas. Con sus señoras. Frente a la casa de Cleto. Mientras todo el pueblo pasaba y veía y murmuraba.

Esa noche fui a casa de Cleto por la puerta trasera, saltando la barda del patio como no hacía desde que tenía veinte años y me escapaba a ver a un novio que mis padres no aprobaban. Lo encontré sentado en su cocina, tomando vino directamente de la botella, con las luces apagadas

y la palabra BRUJO todavía visible en su pared exterior a través de la ventana.

—Ya no tiene sentido, señora Balvina —me dijo sin mirarme—. El pueblo ya decidió que soy culpable. No importa lo que yo diga o haga.

—El pueblo es estúpido y olvidadizo. Esto va a pasar.

—¿Y mientras tanto? ¿Mientras tanto vivo como un leproso en mi propia casa?

—Mientras tanto aguanta. Como ha aguantado cosas peores.

—No he aguantado cosas peores. En Italia al menos me odiaban en mi idioma. Aquí ni siquiera tengo ese consuelo.

Me senté frente a él y le quité la botella de vino.

—Escúcheme bien, Cleto Sanabria. Usted no es un brujo. No es un asesino. Es solo un hombre que ve cosas que otros no ven y que tuvo la mala suerte de decir lo que vio en el momento equivocado. Eso no es un crimen. Es una estupidez, tal vez, pero no es un crimen.

—Dígaselo al licenciado Preciado.

—Al licenciado Preciado le voy a decir muchas cosas cuando lo vea. Ninguna de ellas educada.

Cleto se rio, aunque sin mucho humor.

—¿Sabe qué es lo peor de todo esto, señora Balvina?

—¿Qué?

—Que extraño cuando la gente me sonreía. Cuando venían a mi casa a pedirme que les leyera los asientos. Cuando Don Mauricio me guardaba el mejor café. Cuando Petrona me regalaba flores solo porque sí. Extraño ser parte de este pueblo en lugar de ser el monstruo del pueblo.

—Todavía es parte del pueblo. Solo que el pueblo está siendo idiota en este momento.

—¿Y cuánto dura la idiotez colectiva?

—Depende. Pero nunca es permanente.

—Espero que tenga razón. Porque si no, el viernes me voy a presentar en Xalapa y probablemente no regrese.

—Va a regresar. Y cuando regrese, las cosas van a ser diferentes.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque siempre lo son. Para bien o para mal, pero siempre cambian.

Cleto levantó su copa de vino en un brindis solitario.

—Por el cambio, entonces. Aunque llegue tarde.

—Por el cambio —repetí.

Y brindamos ahí, en su cocina oscura, mientras afuera el pueblo que antes lo había recibido con curiosidad ahora lo señalaba con miedo.

El pueblo que antes reía ahora acusaba.

Y lo peor de todo era que nadie parecía recordar que apenas unas semanas antes, ese mismo pueblo había hecho fila para que el brujo italiano les leyera el futuro.

La memoria colectiva, como descubría Cleto de la manera más dolorosa posible, es selectiva, conveniente y brutalmente injusta.

Pero también es temporal...Al menos eso esperábamos.

CAPÍTULO 6

El espulgo providencial

El viernes amaneció con una lluvia pertinaz que convertía las calles de Coatepec en arroyos de lodo. Cleto salió de su casa a las seis de la mañana para tomar el autobús a Xalapa. Lo vi desde mi ventana, caminando bajo la lluvia con su maleta de cuero vieja (la misma con la que había llegado siete meses antes), su sombrero de fieltro gris empapado, y esa expresión de quien va camino al patíbulo pero con la dignidad intacta.

Yo había insistido en acompañarlo, pero Cleto se negó.

—No quiero que usted se meta en problemas por mi culpa, señora Balvina. Ya bastante tiene con ser la única persona en este pueblo que todavía me dirige la palabra.

—Precisamente por eso debería ir. Para que vean que no está solo.

—Estoy solo, señora Balvina. Y está bien. He estado solo antes. Sé cómo se hace.

—Eso no significa que tenga que gustarle.

—No me gusta. Pero tampoco puedo cambiarlo.

Así que Cleto se fue solo a enfrentar al Ministerio Público, a la viuda vengativa, y al abogado vividor que cobraba por hora y que probablemente ya estaba calculando cuántas horas podía estirar el caso antes de que Doña Elodia se quedara sin dinero.

Yo me quedé en Coatepec haciendo lo que mejor sé hacer: meter las narices donde no me llaman y hacer preguntas que nadie quiere responder.

Porque algo en toda esta historia no me cuadraba. No desde el principio. Y mientras más pensaba en ello, más segura estaba de que había un detalle, un pequeño detalle, que todos habíamos pasado por alto.

Empecé por lo más obvio: visitar a los testigos de la muerte del alcalde. Abundio Perales, el tesorero municipal, vivía en una casa modesta en la calle Hidalgo. Lo encontré en su jardín, podando unas hortensias con más empeño del necesario, claramente tratando de evitar pensar en cosas más serias.

—Buenos días, Abundio.

Se sobresaltó cuando me vio, casi se corta un dedo con las tijeras de podar.

—Doña Balvina. Qué susto me dio.

—No era mi intención. ¿Puedo hablar contigo un momento?

—Claro, claro. Pase. ¿Quiere un café?

—No vengo a tomar café, Abundio. Vengo a que me cuentes exactamente qué pasó el día que murió el alcalde.

Abundio se puso pálido. Dejó las tijeras en una mesa de jardín y se sentó en una silla de plástico que crujió bajo su peso.

—Ya le conté al comandante Aparicio. Y al licenciado del Ministerio Público. No sé qué más puedo decir.

—Puedes decirme a mí. Sin abogados, sin policías, sin presión. Solo la verdad.

—La verdad es que el alcalde se resbaló y se murió. Eso es todo.

—¿Y por qué se resbaló?

—Porque estaba lloviendo y el piso estaba mojado.

—Abundio, en Coatepec llueve todos los días. La gente no se muere por caminar bajo la lluvia. ¿Qué más pasó?

Abundio se quedó callado un momento, mirando sus hortensias como si estas fueran a darle permiso para hablar.

—El alcalde estaba nervioso —dijo finalmente—. Desde que Cleto le predijo la muerte, Don Eustacio estaba muy nervioso. Se sobresaltaba con cualquier cosa. No dormía bien. Tomaba más de la cuenta.

—¿Tomaba? ¿Alcohol?

—Sí. Ese día, antes de salir de la presidencia, se tomó dos tragos de brandy. Dijo que era para el frío, pero yo creo que era para los nervios.

—¿Y nadie mencionó eso en las declaraciones?

—No me preguntaron. Y yo no quise decirlo porque... bueno, porque Don Eustacio ya estaba muerto y no quería manchar su memoria.

—Abundio, estamos hablando de meter a un hombre inocente a la cárcel. La memoria del alcalde ya no importa tanto como la justicia.

—Lo sé, Doña Balvina. Pero no sé si eso cambia algo. Que haya tomado dos tragos no significa que Cleto no lo haya matado.

—Cleto no mató a nadie. El alcalde se mató solo por andar borracho en la lluvia.

Abundio no dijo nada, pero tampoco me contradijo.

Después fui a buscar a Fermín Casas, el regidor que también había estado presente. Fermín era más escurridizo que Abundio, pero también

más honesto cuando lo acorralabas correctamente. Lo encontré en el café de Don Jacinto (que ahora me atendía a mí con la misma frialdad con que había rechazado a Cleto, probablemente por asociación).

—Fermín, necesito que me digas algo.

—¿Qué cosa, Doña Balvina?

—¿A qué hora exactamente salieron de la presidencia municipal el día que murió el alcalde?

Fermín frunció el ceño, tratando de recordar.

—Como a las diez y media de la mañana, creo.

—¿Y a qué hora llegaron a la finca de Don Ausencio?

—Como a las once y cuarto, once y media. El camino estaba pesado por la lluvia.

—¿Y cuánto tiempo estuvieron en la casa de Don Ausencio antes de ir al beneficio?

—Como media hora. Don Ausencio nos dio café y hablamos del permiso.

—O sea que llegaron al beneficio como a las doce.

—Más o menos. ¿Por qué?

—Porque según el acta de defunción, el alcalde fue declarado muerto a las doce y cuarenta. Eso significa que entre el momento en que llegaron al beneficio y el momento en que lo declararon muerto pasaron cuarenta minutos, máximo.

—Sí, más o menos.

—¿Y en esos cuarenta minutos pasó todo? ¿La visita al beneficio, las dos caídas, el traslado al hospital?

Fermín se quedó pensando, haciendo cuentas mentales.

—Ahora que lo dice así... sí, estuvo muy rápido. De hecho, cuando llegamos al hospital yo pensé que todavía había tiempo de salvarlo.

—¿Y el doctor qué dijo?

—Dijo que había muerto en el camino. Que el golpe en la cabeza había sido muy fuerte y que aunque hubiera llegado vivo al hospital, probablemente no habría sobrevivido.

—¿Probablemente?

—Esas fueron sus palabras. Probablemente.

—¿Y nadie le preguntó qué tan probable?

—No, Doña Balvina. Para entonces ya estábamos todos en shock. El alcalde estaba muerto y lo único que queríamos era irnos a casa.

Anoté mentalmente esa información y seguí con mis preguntas.

—Fermín, cuando el alcalde se cayó la segunda vez, ¿contra qué se golpeó exactamente?

—Contra el borde de una pila de fermentación. De concreto.

—¿Y quedó marca?

—¿Marca de qué?

—Marca del golpe. En la pila.

—Pues... no sé. No me fijé.

—¿Y nadie tomó fotos del lugar donde murió?

—No que yo sepa. El comandante Aparicio fue después a la finca, pero creo que solo habló con Don Ausencio. No sé si revisó el beneficio.

Esto era interesante. Muy interesante. Porque si nadie había revisado adecuadamente el lugar de los hechos, entonces nadie podía asegurar con certeza que todo había pasado como decían los testigos.

No es que dudara de Abundio o de Fermín. Pero la memoria humana es falible, especialmente cuando hay trauma de por medio. Y tres hombres viendo morir a su jefe en circunstancias absurdas definitivamente calificaba como trauma.

Mi siguiente parada fue con Don Ausencio Villalobos. Su finca quedaba lejos y yo no tenía carro, así que tuve que convencer a Don Chema, el de la ferretería, de que me llevara con el pretexto de que necesitaba comprar no sé qué cosa para mi casa.

Don Ausencio me recibió con la cortesía forzada del hombre rico que no quiere quedar mal con nadie del pueblo, aunque no entienda por qué una viuda chismosa está tocando su puerta un viernes por la tarde.

—Doña Balvina, qué sorpresa. ¿En qué puedo ayudarla?

—Vengo a ver el beneficio donde murió el alcalde.

La cortesía se evaporó de su rostro.

—¿Para qué quiere ver eso?

—Para entender qué pasó. Porque algo no me cuadra en esta historia.

—Ya vinieron las autoridades. Ya investigaron. El caso está cerrado.

—El caso está cerrado pero Cleto Sanabria está siendo acusado de asesinato. Y yo necesito ver si hay algo que las autoridades pasaron por alto.

—¿Como qué?

—No lo sé. Por eso necesito ver.

Don Ausencio suspiró, miró su reloj como si tuviera una cita urgente (no la tenía), y finalmente accedió.

—Está bien. Pero rápido. Tengo cosas que hacer.

Caminamos bajo la lluvia hacia el beneficio. El camino seguía resbaloso, lleno de lodo y piedras sueltas. Pude imaginar fácilmente cómo el alcalde, nervioso, medio borracho, preocupado por una predicción que no podía quitarse de la cabeza, había perdido el equilibrio aquí.

El beneficio era una construcción sólida de concreto y madera, con el ruido del río corriendo cerca y el olor húmedo del café fermentándose. Don Ausencio me llevó al lugar exacto donde el alcalde había caído la segunda vez.

—Aquí fue —dijo señalando una pila de concreto—. Se resbaló en esa plancha y cayó contra el borde de la pila.

Me agaché a examinar el borde. Estaba manchado, pero no de sangre. De óxido del agua del río. Pasé mi mano por la superficie y sentí algo irregular.

—¿Esto estaba aquí el día que murió el alcalde?

—¿Qué cosa?

—Esta grieta en el borde. Es reciente.

Don Ausencio se agachó a ver.

—Pues... sí, creo que se hizo ese día. Cuando el alcalde se golpeó.

—¿Y nadie la documentó? ¿Nadie tomó fotos?

—El comandante vino, pero creo que solo miró de lejos. No se acercó tanto como usted.

Me levanté, me limpié las manos en mi falda, y seguí caminando alrededor del beneficio. Fue entonces cuando lo vi. Un detalle tan pequeño que casi no lo noto. En el piso, junto a la plancha donde el alcalde se había resbalado, había un charco de agua. Pero no era agua de lluvia. Era agua con jabón. Podía ver las burbujas todavía, pequeñas, casi invisibles, pero ahí.

—Don Ausencio, ¿siempre lavan los pisos del beneficio?

—¿Cómo?

—Que si lavan los pisos. Con jabón.

—No. ¿Para qué? Es un beneficio de café, no una casa. Se limpia solo con agua.

—Pues hay jabón aquí en el piso.

Don Ausencio se acercó, vio el charco, frunció el ceño.

—Qué raro. Tal vez algún trabajador lavó algo.

—¿El día que murió el alcalde también había jabón?

—No sé. No me fijé.

Pero yo sí me estaba fijando. Porque si había jabón en el piso el día que murió el alcalde, eso significaba que el piso no solo estaba mojado por la lluvia. Estaba jabonoso. Resbaloso de una manera que ni siquiera alguien sobrio y atento podría haber evitado.

—¿Quién lavaba el beneficio el día que murió el alcalde?

—Pues... nadie que yo sepa. Fue un martes normal. Los trabajadores estaban procesando café.

—¿Y ninguno de ellos mencionó haber lavado o derramado jabón?

—No. Pero tampoco les pregunté.

—¿Puedo hablar con ellos?

—Doña Balvina, con todo respeto, pero no sé qué está buscando. El alcalde se cayó. Se murió. Fue un accidente. ¿Qué importa si había jabón o no?

—Importa porque si había jabón, significa que el piso estaba más resbaloso de lo normal. Y si estaba más resbaloso de lo normal, significa que el alcalde no tenía manera de evitar caerse. Y si no tenía manera de evitar caerse, significa que Cleto no tuvo nada que ver con su muerte. Fue solo mala suerte y jabón.

Don Ausencio se quedó callado un momento, procesando lo que acababa de decir.

—¿Cree que eso será suficiente para sacar a Cleto del lío?

—No lo sé. Pero es más de lo que teníamos antes.

Hablé con tres trabajadores del beneficio. Ninguno admitió haber derramado jabón, pero uno de ellos, un muchacho joven llamado Toño, me dijo algo interesante:

—Ese día sí llegó un trabajador nuevo. Don Ausencio lo había contratado la semana anterior. Estaba limpiando los tanques y creo que sí usó jabón. Pero no estoy seguro.

—¿Cómo se llamaba ese trabajador?

—No me acuerdo. Solo sé que ya no trabaja aquí. Duró como una semana y se fue.

—¿Se fue o lo corrieron?

—Se fue. Dijo que tenía que volver a su pueblo.

—¿Y nadie sabe cómo se llamaba o de dónde era?

—Tal vez Don Ausencio tenga sus datos. Porque le pagó la semana.

Pero cuando le pregunté a Don Ausencio por el trabajador, se puso nervioso.

—Sí, hubo un trabajador temporal. Pero no me acuerdo de su nombre. Le pagué en efectivo y no le pedí documentos porque solo iba a estar una semana.

—¿Y no le parece raro que justo el día que murió el alcalde en su beneficio había un trabajador desconocido que nadie recuerda?

—Fue coincidencia, Doña Balvina. Solo eso.

Tal vez. O tal vez no. Pero no tenía forma de saberlo sin encontrar al trabajador fantasma.

Volví a Coatepec con más preguntas que respuestas, pero también con algo de esperanza. Porque aunque no había encontrado una pistola

humeante, sí había encontrado jabón. Y jabón en el lugar equivocado era suficiente para crear duda razonable.

Cleto regresó de Xalapa esa noche, empapado y exhausto. Lo intercepté en la puerta de su casa.

—¿Cómo le fue?

—Mal. El licenciado Preciado presentó su acusación formal. El Ministerio Público la aceptó. Tengo que presentarme a audiencia preliminar en dos semanas. Si el juez considera que hay suficientes elementos, me van a llevar a juicio.

—¿Y de ahí a Pacho Viejo?

—Eventualmente, sí.

—Pues entonces tenemos dos semanas para encontrar al trabajador que derramó jabón en el beneficio de Don Ausencio.

Cleto me miró como si hubiera hablado en chino.

—¿Qué?

Y le conté todo. El jabón, el trabajador fantasma, el alcalde borracho, las inconsistencias en los tiempos. Todo.

Cuando terminé, Cleto se había sentado en su escalón, bajo la lluvia, con una expresión que mezclaba incredulidad y algo parecido a la esperanza.

—¿Cree que eso sea suficiente?

—No lo sé. Pero es un espulgo. Un error. Una imperfección en la investigación que podemos explotar.

—¿Y cómo encontramos al trabajador?

—Preguntando. Buscando. Haciendo lo que hago mejor: meter las narices donde no me llaman hasta que alguien suelte la información que necesito.

—¿Y si no lo encontramos?

—Entonces al menos lo intentamos. Que es más de lo que está haciendo el Ministerio Público.

Cleto se levantó, me ofreció su mano para ayudarme a subir el escalón (aunque yo no necesitaba ayuda), y sonrió por primera vez en semanas.

—Gracias, señora Balvina. De verdad.

—No me agradezca todavía. El espulgo es pequeño y el tiempo es corto. Pero al menos tenemos algo.

—Algo es más que nada.

—Exactamente.

Y con ese algo, esa pequeña grieta en la narrativa oficial de la muerte del alcalde, nos pusimos a trabajar.

Porque en Coatepec, como en cualquier pueblo, los secretos nunca permanecen enterrados para siempre.

Alguien siempre sabe algo.

Y yo iba a encontrar a ese alguien aunque tuviera que interrogar a cada habitante del municipio.

El espulgo providencial había aparecido.

Ahora solo faltaba convertirlo en salvación.

CAPÍTULO 7

La fama peligrosa del sobreviviente

La audiencia preliminar se celebró un martes gris, en una sala del juzgado de Xalapa que olía a humedad y a expedientes viejos. Yo fui, naturalmente, aunque Cleto insistió en que no era necesario. Lidia Contreras también fue, y para mi sorpresa, Don Refugio el notario, Marcela Suárez, y hasta Don Mauricio el del café, que seguía sin hablarle a Cleto pero que aparentemente sentía suficiente culpa como para presentarse en el juzgado.

El licenciado Preciado llegó con Doña Elodia del brazo, vestido con el mismo traje apretado y la misma corbata brillante, cargando un maletín que parecía contener todos los secretos del universo pero que probablemente solo tenía papeles repetidos y una calculadora para sumar sus honorarios.

Cleto llegó solo, con su sombrero de fieltro gris y un traje negro que yo no le había visto antes y que le quedaba un poco grande, como si lo hubiera comprado de segunda mano o se lo hubiera prestado alguien más corpulento. Después me enteré de que era de su padre, que había muerto hacía diez años en Calabria, y que Cleto lo había traído a México en su maleta vieja sin saber para qué pero sintiéndose incapaz de deshacerse de él.

El juez era un hombre de unos sesenta años, calvo, con anteojos gruesos y una expresión de quien ha visto demasiados casos y ya no se sorprende de nada. Se llamaba Licenciado Nabor Crisóstomo y tenía fama de ser duro pero justo, lo cual en el sistema judicial mexicano significa que al menos escuchaba los argumentos antes de decidir.

La audiencia empezó con el licenciado Preciado presentando su acusación formal. Habló durante veinte minutos sobre brujería, premeditación, alevosía y ventaja. Usó palabras grandes y frases rimbombantes que impresionaban a quien no supiera que la mitad de lo que decía no tenía sustento legal. Presentó como prueba la declaración de Cleto en el café de Don Jacinto, testificada por media docena de personas que juraban haber escuchado al italiano predecir la muerte del alcalde once días antes de que ocurriera.

—Señoría —concluyó Preciado con un gesto dramático—, un hombre no puede predecir una muerte con tal exactitud a menos que esté planeando causarla. Y ese hombre, ese extranjero que llegó a nuestro pueblo a practicar artes oscuras, debe responder por su crimen.

Doña Elodia se secó las lágrimas con un pañuelo bordado que parecía más caro que mi casa.

Entonces le tocó el turno a Cleto. O mejor dicho, al abogado de oficio que le habían asignado, un joven recién egresado llamado Licenciado Ismael Cordero que parecía más asustado del juez que interesado en defender a su cliente. Tartamudeó durante su presentación, perdió el hilo dos veces, y básicamente argumentó que Cleto era inocente porque sí, sin presentar ninguna evidencia concreta.

Yo me estaba desesperando en mi asiento cuando el juez Crisóstomo levantó la mano.

—Licenciado Cordero, ¿tiene algo más sustancial que presentar o vamos a proceder con base en su argumento de que su cliente es inocente porque usted lo dice?

El pobre Ismael se puso rojo como jitomate.

—Eh... señoría, lo que quiero decir es que no hay evidencia física que conecte a mi cliente con la muerte del alcalde.

—Tampoco la hay en la mayoría de los casos de brujería, licenciado. Por eso son difíciles de probar o refutar.

—Pero señoría, la brujería no existe. Es superstición.

—Eso es materia de debate filosófico, no legal. Lo que me interesa es si hay elementos suficientes para proceder a juicio. Y hasta el momento, la acusación ha presentado testimonios de que el señor Sanabria predijo con exactitud la muerte del alcalde. ¿Tiene algo que contradiga eso?

Ismael miró sus papeles como si esperara que la respuesta fuera a materializarse mágicamente.

Fue entonces cuando me levanté. No sé qué me poseyó. Tal vez fue el coraje de ver a un hombre inocente siendo sacrificado en el altar de la incompetencia legal. Tal vez fue que llevaba cincuenta años siendo la chismosa del pueblo y ya era hora de poner esa habilidad al servicio de algo útil.

—Señoría, disculpe la interrupción.

El juez me miró por encima de sus anteojos gruesos.

—¿Y usted es?

—Balvina Rovirosa, ciudadana de Coatepec y testigo de los hechos.

—Señora, esto es una audiencia legal, no un foro abierto.

—Lo sé, señoría. Pero tengo información relevante que el licenciado Cordero parece haber olvidado mencionar.

El juez suspiró, miró su reloj, y finalmente hizo un gesto de resignación.

—Tiene dos minutos.

—El día que murió el alcalde Montiel, había jabón en el piso del beneficio donde se resbaló. Jabón que no debería haber estado ahí. También había un trabajador temporal del que nadie tiene registro y que desapareció inmediatamente después del incidente. Además, el alcalde había bebido dos tragos de brandy antes de salir de la presidencia municipal, algo que ninguno de los testigos mencionó en sus declaraciones iniciales.

El licenciado Preciado se levantó de su asiento como si le hubieran puesto un resorte.

—¡Objeción, señoría! Esta mujer no está calificada para presentar evidencia. Es solo una...

—¿Una qué, licenciado? —lo interrumpí—. ¿Una vieja entrometida? Tal vez. Pero una vieja entrometida que hizo la investigación que las autoridades no hicieron.

El juez levantó la mano para silenciar a Preciado.

—¿Tiene pruebas de lo que dice, señora Rovirosa?

—Tengo testimonios de Abundio Perales confirmando que el alcalde bebió antes de salir. Tengo testimonios de trabajadores de la finca confirmando la presencia de un empleado temporal sin registro. Y tengo el hecho de que nadie, absolutamente nadie, documentó adecuadamente la escena donde murió el alcalde.

El juez se quitó los anteojos y los limpió con un pañuelo, pensativo.

—Licenciado Preciado, ¿la acusación tiene fotografías del lugar de los hechos?

Preciado hojeó nerviosamente su maletín.

—Eh... no, señoría. Pero no son necesarias porque tenemos testigos presenciales.

—Los testigos presenciales son falibles, licenciado. Especialmente cuando están en shock. Licenciado Cordero, ¿la defensa investigó estos elementos que menciona la señora Rovirosa?

El pobre Ismael negó con la cabeza.

—No, señoría. No tuve conocimiento de...

—Entonces permítame sugerirle que lo haga. Esta audiencia se pospone por dos semanas. En ese tiempo, la defensa investigará las afirmaciones de la señora Rovirosa. La acusación conseguirá evidencia fotográfica o física del lugar de los hechos, si es que todavía es posible. Y ambas partes presentarán sus hallazgos en la próxima audiencia. Hasta entonces, el señor Sanabria queda en libertad bajo las mismas restricciones anteriores.

El mazo cayó. La audiencia terminó.

Cleto me miró desde su mesa con una expresión que mezclaba gratitud, incredulidad y algo parecido al alivio. El licenciado Preciado salió furioso, arrastrando a Doña Elodia que lloraba con más intensidad. El licenciado Cordero se me acercó con cara de no saber si abrazarme o preguntarme por qué diablos no le había dicho todo eso antes de la audiencia.

—Señora Rovirosa, yo... gracias. No sabía que...

—No sabía porque no investigó, licenciado. Pero ahora tiene dos semanas para hacerlo bien. Y le sugiero que empiece por encontrar al trabajador fantasma de la finca de Don Ausencio.

—¿Y cómo se supone que lo encuentre si nadie sabe quién es?

—Preguntando. Es un pueblo chico. Alguien lo vio. Alguien habló con él. Alguien sabe algo. Solo tiene que encontrar a ese alguien.

El licenciado asintió con más convicción de la que probablemente sentía, y se fue a hacer su trabajo.

Cleto se me acercó cuando salimos del juzgado.

—Señora Balvina, no tengo palabras para...

—Entonces no diga nada. Todavía no hemos ganado. Solo ganamos tiempo.

—Dos semanas más sin ir a Pacho Viejo es una victoria para mí.

—Dos semanas más para encontrar la verdad.

Regresamos a Coatepec en el autobús de las cuatro de la tarde. Cleto iba callado, mirando por la ventana los cafetales que pasaban en la neblina. Yo iba repasando mentalmente todo lo que tenía que hacer en las próximas dos semanas.

Pero lo que no esperaba era lo que nos esperaba en Coatepec.

La noticia de que la audiencia se había pospuesto llegó antes que nosotros. Y con ella, una interpretación completamente distorsionada de lo que había pasado. Según la versión que circulaba en el pueblo, Cleto había sido absuelto. Que el juez había determinado que era inocente. Que todo había sido un malentendido.

No era cierto, por supuesto. Pero la gente cree lo que quiere creer.

Para cuando llegamos a Coatepec, había un grupo de personas esperando a Cleto en la plaza. Y no eran personas hostiles. Eran personas que querían felicitarlo. Que querían pedirle perdón. Que querían que les leyera los asientos del café de nuevo.

Petrona Guzmán estaba ahí, con un ramo de margaritas blancas.

—Don Cleto, le pido perdón por cómo lo traté. Yo sabía que usted era inocente.

Lo cual era una mentira descarada porque dos semanas antes Petrona lo había acusado de brujo delante de todo el mercado.

Don Mauricio también estaba ahí, con una bolsa de café.

—Don Cleto, su café de siempre. Se lo he estado guardando.

Otra mentira, porque Don Mauricio le había negado el servicio apenas hacia diez días.

Uno por uno, los que habían rechazado a Cleto, los que habían murmurado sobre su brujería, los que habían rezado frente a su casa pidiendo que se fuera del pueblo, ahora querían ser sus amigos de nuevo.

Cleto los miró a todos con una expresión que yo no podía descifrar. No era enojo. No era alegría. Era algo más cercano a la tristeza.

—Gracias —dijo simplemente—. Gracias a todos. Pero si me disculpan, estoy cansado. Ha sido un día largo.

Y se fue caminando hacia su casa azul, dejando a la multitud confundida, sin saber si había hecho algo mal.

Yo me quedé un momento con Petrona y Don Mauricio.

—¿Qué le pasa? —preguntó Petrona—. ¿No está contento de que lo apoyemos?

—Petrona, tú no lo apoyaste. Lo acusaste. Todos ustedes lo hicieron. Y ahora que parece que se va a librar, quieren ser sus amigos de nuevo. Pero Cleto se acuerda. Se acuerda de cada rechazo, de cada insulto, de cada mirada de miedo.

—Pero nosotros solo...

—Solo hicieron lo que hace la gente cobarde. Creer lo más fácil en lugar de lo más justo.

Don Mauricio bajó la mirada.

—Tuvimos miedo, Doña Balvina. Miedo de estar del lado equivocado.

—Y ahora tienen miedo de haber estado del lado equivocado. Pero el miedo no es excusa para la crueldad.

Esa noche fui a casa de Cleto. Lo encontré en su patio trasero, regando sus macetas de albahaca que habían sobrevivido a semanas de abandono, tomando vino directamente de la botella.

—Deberían estar contentos —dijo sin voltear a verme—. Vinieron a felicitarme. A disculparse. A decirme que siempre creyeron en mí.

—Mienten.

—Lo sé. Por eso no estoy contento.

—¿Y qué va a hacer cuando todo esto termine?... cuando ¿quede absuelto oficialmente?

Cleto se quedó callado un momento, regando una maceta que ya estaba suficientemente regada.

—No lo sé, señora Balvina. Parte de mí quiere quedarse aquí, demostrarles que soy mejor de lo que pensaban. Otra parte quiere irse lo más lejos posible de Coatepec y nunca mirar atrás.

—¿Y qué parte va a ganar?

—La que sea más fuerte cuando llegue el momento de decidir.

—Sabe que el pueblo va a querer que vuelva a leerles los asientos, ¿verdad? Van a venir en masa, como antes. Tal vez más que antes.

—Lo sé. Y eso es lo que me asusta. Porque ahora no solo soy el adivino italiano. Soy el adivino italiano que sobrevivió a una acusación de asesinato. Soy el hombre que predijo la muerte del alcalde y no lo mataron por ello. Eso me convierte en algo más peligroso que un simple lector de café.

—¿En qué?

—En una leyenda. Y las leyendas atraen problemas.

Tenía razón, aunque no me gustaba admitirlo. Cleto ya no podía ser solo Cleto. Ahora era una historia. Un mito. El calabrés que vio demasiado claro y vivió para contarlo.

—¿Y si rechaza leerles los asientos? —le pregunté—. ¿Y si simplemente dice que ya no hace eso?

—Entonces me convertiría en el hombre que tuvo un don y lo desperdició. Y eso es peor que ser brujo.

—No puede ganar, ¿verdad?

—No, señora Balvina. En eso tiene razón. No puedo ganar. Pero al menos puedo sobrevivir. Que es más de lo que tenía hace dos semanas.

Nos quedamos en silencio, escuchando el sonido de la lluvia que empezaba a caer de nuevo sobre Coatepec. La lluvia que nunca paraba del todo. La lluvia que había estado presente cuando Cleto llegó, cuando el alcalde murió, cuando todo se fue al demonio.

—Señora Balvina —dijo Cleto de repente—, ¿usted cree que yo tengo un don de verdad? ¿O cree que todo ha sido suerte?

—Creo que vio la muerte del alcalde antes de que pasara. Eso es innegable. Si es don, suerte, o simplemente estar muy atento a las señales que otros ignoran, no lo sé. Pero sí sé que sea lo que sea, es real.

—¿Y cree que debería seguir usándolo?

—Creo que debería hacer lo que lo haga feliz. Y si leer asientos de café lo hace feliz, hágalo. Y si no, no lo haga. Pero no deje que el pueblo decida por usted.

—El pueblo siempre decide, señora Balvina. Aunque uno crea que está decidiendo por sí mismo.

—Entonces sea más terco que el pueblo.

Cleto se rio, finalmente, con una risa que sonaba menos amarga que las anteriores.

—Ser terco. Eso sí puedo hacerlo. Soy calabrés, después de todo. La terquedad es nuestra especialidad nacional.

—Entonces úsela. Porque las próximas dos semanas van a necesitar toda la terquedad que tenga.

—¿Por qué?

—Porque vamos a encontrar a ese trabajador fantasma. Y cuando lo encontremos, vamos a descubrir quién era y qué estaba haciendo en el beneficio el día que murió el alcalde. Y si hay algo turbio en todo esto, lo vamos a sacar a la luz.

—¿Y si no hay nada turbio? ¿Y si todo fue exactamente lo que parecía? Un accidente absurdo.

—Entonces al menos sabremos la verdad. Que es más de lo que sabemos ahora.

Cleto levantó su botella de vino en un brindis silencioso.

—Por la verdad, entonces. Aunque sea incómoda.

—Por la verdad —repetí.

Y brindamos en su patio, bajo la lluvia que no paraba, con la esperanza frágil de que todavía era posible encontrar justicia en un sistema que parecía diseñado para impedirla.

La fama peligrosa del sobreviviente había comenzado.

Y solo el tiempo diría si Cleto Sanabria podría vivir con ella.

O si esa fama terminaría siendo más pesada que la acusación de asesinato.

CAPÍTULO 8

La mujer que no preguntó el futuro

La búsqueda del trabajador fantasma nos llevó a lugares que yo nunca había pisado en mis cincuenta y dos años de vivir en Coatepec. Rancherías remotas donde la gente hablaba más totonaco que español, fincas abandonadas donde solo quedaban los cimientos de lo que alguna vez fueron imperios cafetaleros, cantinas donde los hombres nos miraban con desconfianza hasta que mencionaba el nombre de alguien que conocieran.

El licenciado Ismael Cordero resultó ser más útil de lo que esperaba. Una vez que entendió que su reputación profesional dependía de hacer bien su trabajo, se puso a investigar con un empeño que rayaba en la obsesión. Contrató a un investigador privado de Xalapa, un tipo llamado Evaristo Montes que tenía contactos en todas las fincas de la región y

que cobraba barato porque estaba empezando y necesitaba construir su portafolio.

Entre los tres, Ismael, Evaristo y yo, logramos rastrear a cinco trabajadores temporales que habían pasado por la finca de Don Ausencio en las semanas anteriores a la muerte del alcalde. Cuatro de ellos fueron fáciles de descartar. Tenían nombres, documentos, e historias verificables. Pero el quinto era un fantasma.

Nadie recordaba su nombre completo. Algunos lo llamaban Chuy. Otros decían que se llamaba Jesús pero que no era Chuy sino Chucho. Uno juró que se llamaba Jorge. La descripción física variaba dependiendo de a quién le preguntaras. Que si era alto. Que si era de estatura mediana. Que si tenía bigote. Que si estaba rasurado. Que si era de Xico. Que si era de Teocelo. Que si venía de más lejos.

Lo único en lo que todos coincidían era que el hombre había trabajado en el beneficio exactamente una semana, que era callado, que hacía bien su trabajo, y que se había ido el mismo día que murió el alcalde sin despedirse de nadie.

—Es como si se hubiera evaporado —dijo Evaristo una tarde mientras repasábamos nuestras notas en el café de Don Jacinto (que ahora me atendía con efusividad sospechosa)—. O como si nunca hubiera existido.

—Existió —dije—. Demasiada gente lo vio como para que sea invención.

—Pero nadie lo conoció de verdad. ¿No le parece raro?

—Todo en este caso es raro, Evaristo. Estamos buscando a un hombre sin nombre que tal vez derramó jabón por accidente en el momento exacto en que un alcalde decidió visitarlo. La probabilidad de que sea coincidencia es microscópica.

—¿Entonces cree que alguien planeó todo?

—No lo sé. Pero quiero encontrar a ese hombre y preguntarle.

Fue Cleto quien tuvo la idea que finalmente nos dio el primer avance real. Una tarde, mientras yo le contaba nuestros progresos inexistentes, me preguntó:

—¿Dónde le pagaban?

—¿Cómo?

—Al trabajador. ¿Dónde le pagaban su jornal?

—Pues supongo que en la finca.

—¿Y cómo le pagaban? ¿En efectivo?

—Don Ausencio dice que sí. Que le pagaba la semana en efectivo porque el tipo no tenía cuenta de banco.

—¿Y quién le hacía el pago? ¿Don Ausencio personalmente?

Me quedé pensando. Era una buena pregunta.

—No lo sé. Voy a averiguarlo.

Volví a la finca de Don Ausencio al día siguiente. Esta vez no fui sola. Me acompañó Ismael, que con su título de licenciado daba un aire de oficialidad que yo sola no tenía.

Don Ausencio nos recibió con menos cordialidad que la primera vez.

—Ya les dije todo lo que sé. No tengo más información sobre ese trabajador.

—Solo una pregunta más, Don Ausencio —dijo Ismael con su mejor voz de abogado—. ¿Quién le pagaba al trabajador temporal?

—Yo.

—¿Usted personalmente?

—Bueno, no. Mi mayordomo. Él se encarga de los pagos de la gente temporal.

—¿Y podemos hablar con su mayordomo?

Don Ausencio suspiró con resignación.

—Está en la bodega. Le diré que venga.

El mayordomo se llamaba Aurelio Méndez y era un hombre de unos cuarenta y cinco años, delgado como un alambre, con manos callosas y una mirada directa que me cayó bien de inmediato. Era el tipo de persona que no se anda con rodeos.

—¿Usted le pagó al trabajador temporal que estuvo aquí la semana que murió el alcalde? —le preguntó Ismael.

—Sí, señor. Le pagué su semana completa el martes en la tarde.

—¿El mismo día que murió el alcalde?

—Sí. Como a las tres de la tarde. El muchacho vino a cobrar y me dijo que se iba.

—¿Le dijo por qué se iba?

—Dijo que tenía que regresar a su pueblo. Que su mamá estaba enferma.

—¿Y le creyó?

Aurelio se encogió de hombros.

—La gente se va por muchas razones. Yo no interrogo. Si quieren irse, se van.

—¿Recuerda algo más del hombre? ¿Algo que dijera, algo que hiciera?

Aurelio pensó un momento.

—Hablaba raro.

—¿Raro cómo?

—Como la gente de la sierra. Con acento de Zongolica o por ahí. No era de por aquí, eso seguro.

—¿De Zongolica? —repetí—. Eso está lejos.

—Sí, señora. Como a dos horas de aquí.

—¿Y mencionó alguna vez de qué pueblo específicamente?

—No. Pero una vez lo oí hablando en su celular en náhuatl. Estoy seguro porque mi mamá es de la sierra y reconocí algunas palabras.

Eso era nuevo. Eso era útil.

—¿Recuerda algo del contenido de la llamada? —preguntó Ismael.

—No mucho. Pero sí recuerdo que mencionó un nombre. Tecuanapa.

—¿Tecuanapa?

—Sí. Es un pueblito en la sierra. Mi mamá es de cerca de ahí.

Ismael y yo nos miramos. Finalmente teníamos algo concreto. Un pueblo. Una región. Un punto de partida.

—¿Algo más que recuerde? —insistí.

Aurelio pensó un poco más.

—El último día, antes de irse, lo vi lavando algo en el beneficio. Pensé que estaba limpiando, pero cuando me acerqué, vi que estaba lavando una cubeta. Con mucho jabón. Me pareció raro porque nosotros no usamos jabón en el beneficio, arruina el café. Pero no le dije nada. No era mi problema.

—¿A qué hora fue eso?

—Como a las once de la mañana. Como una hora antes de que llegara el alcalde.

Ahí estaba. La conexión. El jabón. La hora. Todo encajaba de una manera que era demasiado conveniente para ser coincidencia.

—¿Y el agua jabonosa qué hizo con ella?

—Pues supongo que la tiró. No me fijé bien. Yo estaba supervisando la descarga de café.

—¿La tiró en el piso?

—Pues... tal vez. O en las pilas. No sé.

Salimos de la finca con más preguntas que respuestas, pero al menos ahora teníamos una dirección. Zongolica. Tecuanapa. Un hombre que hablaba náhuatl y que había lavado una cubeta con jabón justo antes de que el alcalde llegara a resbalarse.

—Tenemos que ir a Zongolica —dije.

—Eso está muy lejos, Doña Balvina. Y no tenemos garantía de que encontremos algo.

—Tenemos más garantía que quedándonos aquí sin hacer nada.

Ismael suspiró, pero asintió.

Fue entonces cuando Cleto anunció que vendría con nosotros. Yo me opuse, naturalmente.

—No es buena idea. Si alguien lo reconoce en Zongolica...

—Nadie me va a reconocer en Zongolica, señora Balvina. Apenas me reconocen en Coatepec. Además, es mi libertad la que está en juego. Quiero estar ahí cuando encontremos las respuestas.

No pude discutir con esa lógica.

Salimos hacia Zongolica un viernes temprano, los tres apretados en el Volkswagen viejo de Ismael que sonaba como si estuviera a punto de desarmarse en cada curva. El camino serpenteaba por las montañas, subiendo cada vez más alto, con vistas espectaculares que habrían sido más impresionantes si yo no estuviera convencida de que íbamos a caer al abismo en cualquier momento.

Llegamos a Tecuanapa pasado el mediodía. Era un pueblo pequeño, más pequeño que Coatepec, con casas de adobe y techos de teja, rodeado de milpas y bosques de niebla. La gente nos miraba con desconfianza cuando preguntábamos por alguien que se llamaba Jesús o Chuy o Chucho y que tal vez había trabajado en una finca de café en Coatepec.

Fue en la tienda del pueblo, mientras comprábamos refrescos para el calor, que tuvimos nuestro primer golpe de suerte. La dueña de la tienda, una mujer de unos cincuenta años con trenzas grises y una mirada que no se perdía nada, nos escuchó preguntar.

—¿Buscan a Jesús Tepetlalcá? —preguntó.

—Tal vez —dije—. ¿Usted lo conoce?

—Claro. Es mi sobrino. ¿Qué quieren con él?

—Hablar. Solo hablar. Tenemos unas preguntas sobre un trabajo que hizo hace unas semanas.

La mujer nos estudió con cuidado, decidiendo si éramos confiables.

—¿Jesús hizo algo malo?

—No lo sabemos —dijo Ismael—. Por eso necesitamos hablar con él.

—Está en su casa. Vive con su mamá al final del pueblo. La casa con las macetas de geranios rojos en la entrada. No tiene pérdida.

Llegamos a la casa quince minutos después. Era pequeña, limpia, con las macetas de geranios prometidas y una mujer sentada en un equipal en el portal, desgranando maíz.

—¿Doña...? —empecé.

—Esperanza Tepetlalcá —dijo la mujer sin levantar la vista—. ¿Qué se les ofrece?

—Buscamos a Jesús.

—No está.

—Su tía nos dijo que vivía aquí.

—Vive aquí, pero no está. Salió temprano.

—¿Sabe cuándo regresa?

La mujer finalmente levantó la vista. Tenía ojos cansados pero inteligentes.

—Depende de para qué lo buscan.

Fue Cleto quien habló, con esa cortesía italiana que nunca lo abandonaba.

—Señora, su hijo trabajó en una finca donde un hombre murió. Nosotros solo queremos saber qué vio, qué hizo, por qué se fue tan rápido. No estamos aquí para meterlo en problemas.

—¿Y quién me dice que no mienten?

—Nadie. Pero si le sirve de algo, yo soy el hombre que están acusando de matar al que murió. Y su hijo podría tener información que me salve de ir a la cárcel.

Doña Esperanza dejó de desgranar maíz y miró a Cleto con más atención.

—¿Usted es el italiano del que hablan en las noticias? ¿El adivino?

—Soy italiano. Y sí, leo asientos de café. Aunque últimamente he estado más ocupado defendiéndome de acusaciones falsas que leyendo nada.

La mujer se quedó callada un momento. Luego gritó hacia el interior de la casa:

—¡Jesús! ¡Ven acá!

Un hombre de unos veinticinco años salió de la casa. Era de estatura mediana, delgado, con el rostro típico de la sierra. Nos miró con una mezcla de sorpresa y resignación.

—¿Sí, mamá?

—Estos señores quieren hablar contigo del trabajo en la finca.

Jesús palideció visiblemente.

—Yo no hice nada malo.

—Entonces no hay problema en que hables con ellos.

Nos sentamos en el portal, los cinco, mientras Jesús nos contaba su versión de los hechos. Hablaba bajito, con ese acento de la sierra que Aurelio había mencionado, mezclando español con palabras en náhuatl cuando se ponía nervioso.

—Me contrataron para una semana. Trabajo temporal mientras sembraba mi milpa. El patrón me dijo que limpiara el beneficio. Yo limpié. Con agua y jabón. Siempre limpio con jabón cuando me lo piden.

—¿Te pidieron que limpiaras con jabón? —preguntó Ismael.

—Sí. El mayordomo. Me dijo que iba a venir gente importante y que todo tenía que estar limpio.

—¿Pero el piso del beneficio?

—También. Me dijo que limpiara todo. Yo limpié todo.

—¿Y qué pasó con el agua jabonosa?

—La tiré. Parte en las pilas, parte se quedó en el piso porque estaba lloviendo y no se secaba.

—¿Y te fuiste ese mismo día?

Jesús asintió.

—Cuando pasó lo del señor que se cayó, yo me asusté. Pensé que me iban a echar la culpa. Así que cobré mi semana y me vine para acá.

—¿Por qué te iban a echar la culpa?

—Porque el señor se resbaló en el piso que yo acababa de limpiar. Si había jabón era porque yo lo puse. Aunque no fue mi culpa. Yo solo hice lo que me dijeron.

—¿Y quién te dijo que limpiaras? ¿El mayordomo?

—Sí. Don Aurelio. Me lo dijo la noche anterior. Que al día siguiente limpiara todo con jabón porque iba a venir el alcalde.

Me quedé paralizada. Ismael también.

—¿Te dijo que iba a venir el alcalde? —repetí—. ¿Específicamente el alcalde?

—Sí. Dijo que venía el alcalde a ver el beneficio y que todo tenía que estar impecable.

Cleto y yo nos miramos. Esto cambiaba todo.

—Jesús —dijo Cleto con voz muy calmada—, ¿tú sabías que ese día llovería?

—Pues... siempre llueve. Pero sí llovió más que otros días.

—¿Y el mayordomo sabía que el piso no se secaría si seguía lloviendo?

—Pues... supongo. Todos saben eso.

Nos quedamos callados. Las piezas empezaban a encajar de una manera que no me gustaba nada.

Si Aurelio le había pedido a Jesús que limpiara con jabón sabiendo que el alcalde vendría y sabiendo que el piso no se secaría, entonces no había sido un accidente. Había sido negligencia. O algo peor.

—Jesús —dijo Ismael—, ¿estarías dispuesto a declarar esto ante un juez?

El muchacho miró a su madre. Doña Esperanza asintió.

—Si es para ayudar al señor italiano, sí. Mi hijo no hizo nada malo. Solo hizo su trabajo.

—Ni yo hice nada malo, señora —dijo Cleto—. Solo vi lo que iba a pasar.

Doña Esperanza lo miró con esos ojos cansados pero sabios.

—¿Y ve usted el futuro de verdad?

—A veces.

—¿Ve mi futuro?

—No lo sé. Tendría que tomarme un café con usted.

La mujer sonrió por primera vez.

—No quiero saber mi futuro. Ya es suficientemente difícil vivir el presente. Pero si mi hijo puede ayudarlo a evitar la cárcel, lo hará. Porque yo creo en la justicia, aunque no siempre llegue cuando debe.

Regresamos a Coatepec con Jesús en el asiento trasero del Volkswagen, callado pero decidido. Teníamos un testigo. Teníamos una historia. Teníamos una explicación que no involucraba brujería ni premeditación.

Pero también teníamos nuevas preguntas. ¿Por qué Aurelio había ordenado limpiar con jabón sabiendo el riesgo? ¿Sabía que el alcalde vendría? ¿Sabía que llovería? ¿O simplemente había sido un error de juicio?

La mujer que no preguntó el futuro nos había dado más de lo que esperábamos.

Y en el proceso, había demostrado más sabiduría que todos los que sí querían saber lo que vendría.

Porque como dijo Doña Esperanza, a veces es mejor enfrentar el futuro sin saber qué traerá.

Es la única manera de mantener la esperanza.

CAPÍTULO 9

El futuro pierde importancia

La segunda audiencia se celebró en la misma sala húmeda del juzgado de Xalapa, pero esta vez el ambiente era completamente diferente. Ismael llegó con Jesús Tepetlacal, con Aurelio Méndez (que había sido citado como testigo después de que Ismael presentara una moción de comparecencia), y con una carpeta llena de declaraciones, fotografías que Evaristo Montes había tomado del beneficio, y una cronología detallada de los eventos que demostraba que la muerte del alcalde había sido un accidente evitable pero no premeditado.

El licenciado Preciado llegó con menos seguridad que la vez anterior. Doña Elodia lo acompañaba, pero se veía más resignada que vengativa. Probablemente porque su abogado le había explicado que las cosas no pintaban bien para su caso.

El juez Crisóstomo entró a la sala con la misma expresión impasible de siempre, se sentó, revisó sus papeles, y pidió que comenzara la audiencia.

Ismael presentó primero. Y para mi sorpresa, el muchacho nervioso que había tartamudeado en la primera audiencia se había transformado en un abogado competente. Habló con claridad, presentó evidencia de

manera ordenada, y cuando llamó a Jesús Tepetlalcá al estrado, lo preparó con preguntas precisas que no dejaban lugar a ambigüedades.

Jesús declaró exactamente lo que nos había dicho en Tecuanapa. Que Aurelio le había pedido limpiar el beneficio con jabón. Que le había dicho específicamente que el alcalde vendría al día siguiente. Que había llovido y el piso no se había secado. Que él había cobrado su semana y se había ido porque tuvo miedo de que lo culparan.

El licenciado Preciado intentó desacreditar el testimonio.

—Señor Tepetlalcá, ¿usted huyó de la finca el mismo día que murió el alcalde, correcto?

—Sí, señor.

—¿Y no le parece sospechoso que huyera si no tenía nada que ocultar?

—No huí. Me fui. Porque tuve miedo.

—Miedo de qué, exactamente.

—De que me echaran la culpa de algo que no hice a propósito.

—Pero sí lo hizo. Usted dejó el piso resbaloso con jabón sabiendo que vendría gente importante.

—Yo hice lo que me ordenaron. Si alguien tiene culpa, es quien dio la orden.

Fue entonces cuando Ismael llamó a Aurelio Méndez al estrado. El mayordomo llegó con cara de pocos amigos, claramente molesto de estar ahí.

—Don Aurelio —empezó Ismael—, ¿usted le ordenó a Jesús Tepetlalcá que limpiara el beneficio con jabón el día antes de que muriera el alcalde?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque Don Ausencio me dijo que iba a venir el alcalde y quería que todo estuviera limpio.

—¿Don Ausencio le dijo específicamente que limpiara con jabón?

Aurelio dudó un momento.

—No específicamente. Pero me dijo que quería todo impecable.

—¿Y usted interpretó que eso incluía usar jabón en el piso del beneficio?

—Sí.

—¿Sabiendo que el piso era de concreto y que si llovía no se secaría?

—Pensé que se secaría antes de que llegara el alcalde.

—¿Pero sabía que iba a llover?

—En Coatepec siempre llueve.

—Entonces sabía que existía el riesgo de que el piso siguiera mojado cuando llegara el alcalde.

—No pensé que fuera a ser un problema.

—¿Y cuando el alcalde se resbaló y murió, qué pensó?

—Pensé que había sido mala suerte.

—¿Mala suerte o negligencia de su parte?

Aurelio se puso rojo.

—Yo no maté al alcalde. El alcalde se resbaló porque estaba torpe. O borracho. O las dos cosas.

Hubo un murmullo en la sala. El juez levantó la mano pidiendo silencio.

—¿Usted vio al alcalde borracho?

—No. Pero Abundio Perales me dijo después que el alcalde había tomado antes de salir.

El juez tomó nota de eso y le pidió a Ismael que continuara.

—Don Aurelio, una pregunta más. ¿Alguien le pagó o le prometió algo por dejar el piso resbaloso?

—¿Qué? No. Nadie me pagó nada. Yo solo hice mi trabajo.

—¿Un trabajo que resultó en la muerte de un hombre?

—¡Objeción! —gritó el licenciado Preciado—. El testigo no está siendo acusado de nada.

—Sostenida —dijo el juez—. Licenciado Cordero, reformule su pregunta o pase a otro tema.

Ismael asintió y dejó que Aurelio se retirara. Pero el daño estaba hecho. Ahora quedaba claro que la muerte del alcalde no había sido obra de brujería italiana sino de una combinación de negligencia, mala suerte, y exceso de confianza.

Cuando le tocó su turno al licenciado Preciado, intentó rescatar lo que quedaba de su caso presentando de nuevo los testimonios de que Cleto había predicho la muerte. Pero ahora esos testimonios sonaban vacíos. Porque predecir algo no es lo mismo que causarlo. Y toda la evidencia apuntaba a que el alcalde se había matado solo con la ayuda involuntaria de un mayordomo demasiado eficiente y un trabajador asustado.

El juez Crisóstomo se tomó su tiempo para deliberar. Revisó todos los documentos, todas las declaraciones, todas las fotografías. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, habló.

—He revisado cuidadosamente toda la evidencia presentada en esta audiencia. Y he llegado a la conclusión de que no existen elementos suficientes para proceder a juicio contra el señor Cleto Sanabria por el delito de homicidio doloso. La muerte del alcalde Eustacio Montiel fue resultado de un accidente ocasionado por múltiples factores: el piso

mojado y jabonoso, las condiciones climáticas, y posiblemente el estado de alteración o intoxicación del propio alcalde. El hecho de que el señor Sanabria haya predicho esta muerte no constituye evidencia de participación. Por lo tanto, se desestima la acusación y se levanta cualquier restricción sobre el acusado. El señor Sanabria queda en libertad absoluta.

El mazo cayó.

Cleto se quedó sentado, inmóvil, como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar. Yo le toqué el hombro y entonces reaccionó, volteándose hacia mí con los ojos brillantes.

—¿Ya terminó? ¿De verdad terminó?

—Terminó.

Ismael le extendió la mano, sonriendo de oreja a oreja.

—Felicidades, Don Cleto. Es usted un hombre libre.

—Siempre fui un hombre libre, licenciado. Solo que ahora la ley está de acuerdo conmigo.

Doña Elodia salió de la sala llorando, apoyada en el brazo del licenciado Preciado que ya estaba calculando cómo cobrarle las horas extras sin que pareciera abuso. No la culpé por llorar. Había perdido a su marido y ahora perdía también la ilusión de que alguien pagaría por esa pérdida. A veces la vida es así de injusta.

El regreso a Coatepec fue triunfal pero tranquilo. Jesús Tepetlalcá se bajó en Tecuanapa, agradeciéndonos la oportunidad de limpiar su nombre. Aurelio Méndez desapareció sin despedirse, probablemente consciente de que aunque no fuera criminalmente responsable, moralmente tenía sus cuentas por rendir. Ismael nos dejó en la plaza de Coatepec con un apretón de manos y la promesa de seguir en contacto.

Cleto y yo caminamos hacia su casa en silencio. El pueblo estaba en su rutina de siempre. El mercado bullicioso. Los niños jugando en la plaza. El chipi-chipi cayendo como siempre. Como si nada hubiera pasado. Como si un hombre no hubiera estado a punto de perder su libertad por el crimen de ver demasiado claro.

—¿Qué va a hacer ahora? —le pregunté cuando llegamos a la puerta de su casa azul.

—No lo sé, señora Balvina. Supongo que vivir. Que es lo que siempre quise hacer.

—¿Va a volver a leer asientos de café?

Cleto se quedó pensando, mirando sus macetas de albahaca que finalmente habían revivido con los cuidados recientes.

—No lo sé. Tal vez. Tal vez no. La verdad es que ya no estoy seguro de querer ver el futuro de nadie.

—¿Ni siquiera el suyo?

—Especialmente no el mío.

Nos quedamos ahí parados un momento, bajo la lluvia fina que nunca se detenía del todo.

—La gente va a venir, ¿sabe? —le dije—. En cuanto sepan que quedó libre, van a venir en masa. Queriendo disculparse, queriendo que les lea los asientos, queriendo ser parte de la historia del calabrés que sobrevivió.

—Lo sé. Por eso estoy pensando en irme.

—¿Irse? ¿A dónde?

—No lo sé. Tal vez a otro pueblo. Tal vez de regreso a Italia. Tal vez a algún lugar donde nadie sepa quién soy.

—Eso es huir.

—Tal vez. Pero a veces huir es la forma más honesta de sobrevivir.

No pude contradecirlo porque entendía lo que quería decir. Cleto ya no podía ser solo Cleto en Coatepec. Ahora era una leyenda. Una anécdota. El adivino que predijo la muerte del alcalde y vivió para contarlo. Y las leyendas no tienen privacidad. No tienen paz. Solo tienen admiradores y detractores, ambos igual de agotadores.

Esa noche, para mi sorpresa, Cleto tocó mi puerta.

—Señora Balvina, ¿tiene tiempo para un café?

—Siempre tengo tiempo para café, Cleto. Pase.

Nos sentamos en mi sala, que era mucho menos elegante que la suya pero más cómoda. Cleto trajo su cafetera Moka abollada y preparó café como solo él sabía hacerlo. Fuerte, oscuro, con ese sabor que despertaba hasta a los muertos.

—¿Quiere que le lea los asientos? —preguntó con una sonrisa irónica.

—No, gracias. Ya tengo suficientes problemas sin saber cuáles vienen.

—Sabía decisión.

Tomamos café en silencio un rato. Finalmente, Cleto habló.

—¿Sabe qué es lo más extraño de todo esto, señora Balvina?

—¿Qué?

—Que durante semanas lo único que quise fue demostrar que era inocente. Pero ahora que lo logré, me siento vacío. Como si toda mi energía hubiera estado enfocada en sobrevivir y ahora que sobreviví no sé qué hacer con mi vida.

—Eso es normal. Es como cuando uno corre una carrera muy larga y al final no sabe qué hacer con tanto tiempo libre.

—¿Y qué hace uno?

—Descansa. Se recupera. Y luego decide si quiere correr otra carrera o si prefiere dedicarse a otra cosa.

—¿Y si no quiero correr ninguna carrera más?

—Entonces no corra. Camine. O quédese quieto. La vida no tiene que ser una competencia constante.

Cleto sonrió, aunque era una sonrisa cansada.

—¿Usted cree que el futuro importa, señora Balvina?

—Importa menos de lo que la gente cree. El presente importa más.

—Tiene razón. He pasado tanto tiempo viendo el futuro de otros que olvidé vivir mi propio presente.

—Pues entonces ya es hora de que empiece.

—¿Cómo?

—Haciendo lo que lo haga feliz. Sin preocuparse por lo que la gente espera de usted. Sin sentir que tiene que usar su don o esconderlo. Solo siendo Cleto.

—No recuerdo cómo se hace eso.

—Entonces aprenda de nuevo. Tiene tiempo. Tiene libertad. Tiene una segunda oportunidad que mucha gente no tiene.

Cleto terminó su café, miró la taza vacía, y en lugar de voltearla para leer los asientos como habría hecho antes, simplemente la dejó sobre la mesa.

—No voy a leerla —dijo.

—¿Por qué no?

—Porque ya no necesito saber qué viene. Por primera vez en mucho tiempo, estoy bien sin saberlo.

—Esa es la declaración con más sabiduría que le he escuchado, Cleto.

—Aprendí de la mejor maestra.

—¿Quién?

—Doña Esperanza. La mujer que no quiso saber su futuro. Ella entendió algo que yo tardé años en entender.

—¿Qué cosa?

—Que el futuro solo importa si te impide vivir el presente. Y si puedes vivir el presente plenamente, el futuro puede esperar.

Nos quedamos ahí sentados, dos personas que habían visto demasiado y sabían demasiado, disfrutando del simple placer de tomar café sin preguntarse qué vendría después.

Afuera, Coatepec seguía su curso. La gente iba y venía. Las tiendas abrían y cerraban. El chipi-chipi caía con su constancia infinita. El pueblo

que había acusado a Cleto ahora lo absolvía. El pueblo que lo había rechazado ahora quería recibirlo de nuevo.

Pero Cleto ya no necesitaba la aprobación del pueblo. Ya no necesitaba ser el adivino famoso. Ya no necesitaba demostrar nada.

Solo necesitaba ser.

Y por primera vez desde que había llegado a Coatepec hacía casi un año, Cleto Sanabria se veía en paz.

El futuro había perdido importancia.

Y el presente, finalmente, era suficiente.

Los días siguientes fueron extraños para Cleto. La gente efectivamente vino. Tocarón su puerta. Le pidieron disculpas. Le suplicaron que les leyera los asientos. Le ofrecieron dinero, favores, regalos.

Y Cleto los rechazó a todos con cortesía pero con firmeza.

—Ya no leo asientos —decía—. Me retiré. Pero gracias por venir.

Algunos se ofendían. Otros insistían. Unos pocos entendían.

Petrona Guzmán fue una de las que no entendió.

—Pero Don Cleto, yo necesito saber si mi hija va a ser feliz con su nuevo esposo.

—Doña Petrona, nadie puede saberlo. Ni yo ni nadie. La felicidad no se predice, se construye.

—Pero usted tiene el don.

—Tengo un don que me causó más problemas que alegrías. Y decidí que ya no quiero usarlo.

—¿Y si le pago el doble?

—No es cuestión de dinero, Doña Petrona. Es cuestión de paz mental. Y mi paz mental vale más que cualquier cantidad.

Petrona se fue ofendida, pero Cleto no se inmutó.

Don Mauricio intentó convencerlo con café gratis de por vida. Don Jacinto le ofreció una mesa permanente en su café. Hasta el nuevo alcalde interino, Rutilio Zárate, fue a pedirle que le leyera su futuro político.

Cleto los rechazó a todos.

—El futuro se cuida solo —decía—. Yo voy a ocuparme del presente.

Y eso hizo. Empezó a cultivar más albahaca. Empezó a cocinar más ossobuco y a compartirlo con los vecinos. Empezó a caminar por Coatepec sin prisa, disfrutando la neblina y el chipi-chipi en lugar de huir de ellos.

Empezó a vivir.

Y aunque el pueblo tardó en aceptar que su adivino famoso ya no adivinaba, eventualmente se acostumbraron.

Cleto Sanabria se convirtió simplemente en el italiano que vivía en la casa azul y que hacía el mejor café espresso del pueblo.

No era una leyenda.

No era un brujo.

No era un asesino.

Era solo un hombre.

Y para Cleto, eso era más que suficiente.

El futuro podía esperar.

El presente, finalmente, había llegado.

CAPÍTULO 10

Donde el amor se queda

Fue en El Grande, el municipio vecino de Coatepec, donde Cleto conoció a Remedios Canales. Y fue, como todas las cosas importantes en la vida, completamente por accidente.

Había pasado un mes desde la absolución. Un mes en el que Cleto había mantenido su promesa de no leer asientos de café, de no predecir futuros, de simplemente vivir. Se había dedicado a su albahaca, a sus caminatas por el pueblo, a cocinar platos italianos que compartía con los vecinos que finalmente habían dejado de pedirle que adivinara cosas.

Pero seguía solo. Y aunque Cleto insistía en que estaba bien así, yo sabía que la soledad pesa. Especialmente para un hombre que había pasado por lo que él había pasado.

Fue un sábado cuando me pidió que lo acompañara a El Grande. Necesitaba comprar unas especias que en Coatepec no se conseguían, me dijo. Yo sospeché que era una excusa para salir del pueblo sin tener que ir solo, pero no dije nada. Tomamos el autobús de las nueve de la mañana y llegamos a El Grande media hora después.

El mercado de El Grande era más grande que el de Coatepec, pero también más caótico. Vendedores gritando sus ofertas, música de banda sonando desde algún puesto de discos piratas, el olor a carnitas mezclándose con el de las flores y las frutas. Cleto caminaba a mi lado con su sombrero de fieltro gris, esquivando charcos y niños corriendo, buscando el puesto de especias que le habían recomendado.

Lo encontramos al fondo del mercado, atendido por una mujer de unos cuarenta y tantos años, de estatura mediana, con el cabello recogido en una trenza gruesa que le caía sobre el hombro. Tenía manos fuertes, curtidas por el trabajo, y una expresión que mezclaba eficiencia con algo

de impaciencia, como si estuviera acostumbrada a tratar con clientes indecisos y no tuviera tiempo para tonterías.

—Buenos días —dijo Cleto con su cortesía italiana—. ¿Tiene orégano fresco?

La mujer lo miró de arriba abajo, evaluándolo.

—Tengo orégano seco. El fresco se acaba rápido.

—Necesito fresco. Para hacer una salsa.

—Pues va a tener que conformarse con seco o volver la próxima semana.

—¿No puede conseguirme fresco hoy?

—¿Veo cara de maga que hace aparecer hierbas de la nada?

Cleto se rio. Era una risa genuina, de las que no le había escuchado en mucho tiempo.

—No, señora. No tiene cara de maga. Tiene cara de mujer práctica que no sufre tontos.

—Correcto. Y usted tiene cara de italiano que no entiende cómo funcionan los mercados mexicanos.

—También correcto. Me llamo Cleto Sanabria.

—Remedios Canales. Y si necesita orégano fresco, vuelva el jueves. Los jueves me llega de mi rancho.

—¿Tiene rancho?

—Pequeño. Cultivo hierbas aromáticas. Vendo aquí los sábados.

—¿Y estaría interesada en venderme albahaca? Italiana, si la tiene.

Remedios frunció el ceño.

—¿Albahaca italiana? ¿Eso existe?

—Existe. Es diferente a la mexicana. Más delicada.

—Pues no tengo. Pero si me consigue las semillas, puedo cultivarla.

—¿De verdad?

—Claro. Las plantas son plantas. Si sé cómo cuidarlas, crecen.

Cleto sonrió de una manera que yo no le había visto sonreír antes. Con algo parecido al interés. Al entusiasmo. A la vida.

—Entonces tenemos que hablar de negocios, señora Remedios.

—Los negocios se hablan después de comprar algo. ¿Va a llevar orégano seco o no?

—Llevo dos manojos.

—Perfecto. Son veinte pesos.

Cleto pagó, Remedios envolvió el orégano en papel periódico con movimientos precisos y eficientes, y nos despedimos. Pero cuando íbamos saliendo del mercado, Cleto se detuvo.

—Señora Balvina, ¿podemos volver el jueves?

—¿Para comprar orégano fresco?

—Para hablar de albahaca italiana.

—Cleto, usted ya tiene albahaca italiana. La cultiva en su patio.

—Lo sé. Pero quiero hablar con alguien que entienda de plantas. Y que no me pida que le lea el futuro.

Entendí entonces. No era la albahaca. Era la mujer.

Volvimos el jueves siguiente. Y el jueves después de ese. Y el que siguió. Cada vez, Cleto compraba algo diferente. Orégano, cilantro, hierbabuena, romero. Siempre encontraba una excusa para quedarse un rato más en el puesto de Remedios, hablando de plantas, de cocina, de las diferencias entre la agricultura italiana y la mexicana.

Remedios lo trataba con la misma eficiencia práctica de siempre. Sin coquetería. Sin falsas sonrisas. Sin pretender ser algo que no era. Y precisamente por eso, Cleto se fue enamorando de ella sin darse cuenta.

Yo lo veía suceder. La forma en que Cleto se arreglaba un poco más los jueves. La forma en que practicaba qué decir mientras esperábamos el autobús. La forma en que su cara se iluminaba cuando veía a Remedios detrás de su puesto.

—¿Se va a declarar algún día o solo va a seguir comprando hierbas hasta que se le acabe el dinero? —le pregunté un jueves en el autobús de regreso.

—¿Declararme? ¿De qué?

—No se haga el tonto, Cleto. Está enamorado de Remedios.

—Es una mujer interesante.

—Es una mujer práctica, directa y que no le tiene miedo a decirle las cosas como son. Por eso le gusta.

Cleto se quedó callado un momento, mirando por la ventana del autobús.

—¿Cree que ella podría interesarse en mí?

—No lo sé. ¿Por qué no le pregunta?

—¿Y si me dice que no?

—Entonces al menos lo sabrá. Y podrá seguir adelante. Pero si no pregunta, se va a quedar con la duda para siempre.

—No estoy acostumbrado a no saber el futuro.

—Pues acostúmbrese. Así es como vive la gente normal.

El siguiente jueves, Cleto llegó al puesto de Remedios con un ramo de margaritas blancas que había comprado en Coatepec. Yo me quedé a prudente distancia, fingiendo examinar un puesto de chiles secos, pero lo suficientemente cerca como para escuchar.

—Buenos días, señora Remedios.

—Buenos días, Don Cleto. ¿Qué va a comprar hoy?

—Primero quiero darle esto.

Remedios miró las margaritas con expresión cautelosa.

—¿Están envenenadas?

Cleto se rio.

—No. Son solo flores.

—¿Y por qué me da flores?

—Porque... porque me cae bien. Y pensé que tal vez le gustarían.

Remedios tomó las flores, las olió brevemente, y las dejó en una cubeta con agua que tenía detrás de su puesto.

—Gracias. Son bonitas. ¿Eso es todo o va a comprar algo?

—Quiero invitarla a comer.

—¿Cuándo?

—Hoy. Después de que cierre su puesto.

Remedios lo miró con esos ojos directos que no se andaban con rodeos.

—¿Por qué?

—Porque quiero conocerla mejor.

—¿Para qué?

—Porque... porque hace mucho tiempo que no hablo con alguien que no me pida algo. Y usted nunca me ha pedido nada.

—Es porque no necesito nada de usted, Don Cleto.

—Lo sé. Por eso quiero invitarla a comer.

Remedios se quedó pensando un momento. Luego asintió.

—Está bien. Cierro a las tres. Pero yo escojo el lugar.

—Me parece justo.

Remedios escogió una fonda sencilla, de esas donde la dueña cocina mientras su hija atiende las mesas y el marido lava los platos. Nos sentamos los tres en una mesa junto a la ventana. Yo estaba ahí porque Remedios había insistido en que si iba a salir con un hombre que apenas conocía, quería un testigo. Y como yo era la única persona que Cleto conocía en El Grande, ahí estaba.

La comida fue extrañamente cómoda. Remedios no preguntó sobre la cafemancia. No preguntó sobre el juicio. No preguntó sobre Italia. Habló de su rancho, de sus plantas, de cómo había aprendido a cultivar hierbas

aromáticas porque su abuela se las cultivaba y ella había heredado tanto el conocimiento como la terquedad necesaria para hacer que las plantas crecieran en tierra difícil.

Cleto habló de su albahaca, de sus intentos de cultivar tomates que nunca salían bien, de cómo extrañaba ciertos sabores de Italia pero cómo había aprendido a apreciar los sabores de México.

Yo comí mi mole en silencio, observando la dinámica entre ellos. No había chispas. No había romance de telenovela. Pero había algo más sólido. Algo parecido al respeto mutuo. A la comprensión de que ambos eran personas complicadas que habían vivido suficiente como para no necesitar pretensiones.

Cuando terminamos de comer, Remedios le dijo a Cleto:

—¿Sabe por qué acepté venir?

—¿Por qué?

—Porque usted nunca me preguntó mi futuro. En Coatepec todo el mundo habla del adivino italiano. Sé quién es usted. Sé lo que pasó con el alcalde. Y cuando llegó a mi puesto la primera vez, esperé que me pidiera que le dejara leerme la mano o la taza o lo que sea que hagan los adivinos. Pero no lo hizo. Solo quería orégano.

—Ya no leo el futuro.

—Eso escuché. ¿Por qué?

—Porque me di cuenta de que saber el futuro no me hacía más feliz. Solo me hacía más ansioso.

—Decisión sabia.

—¿Usted querría saber su futuro si pudiera?

Remedios negó con la cabeza.

—No. El futuro se cuida solo. Yo me ocupo del presente.

—Doña Esperanza dijo algo similar.

—¿Quién es Doña Esperanza?

—Una mujer sabia que conocí en Tecuanapa.

—Pues tiene razón. El presente es lo único que podemos controlar. El futuro es solo aire.

Cleto sonrió.

—¿Puedo seguir visitándola los jueves?

—Si sigue comprando hierbas, sí.

—¿Y si no compro hierbas?

—Entonces tendrá que encontrar otra excusa.

—¿Qué tal si la excusa es que quiero verla?

Remedios lo miró con esa expresión directa que no admitía falsedades.

—Esa excusa me funciona.

Y así empezó. No con declaraciones dramáticas ni con promesas eternas. Solo con la simple verdad de dos personas que se encontraban cómodas en compañía mutua.

Cleto empezó a ir a El Grande tres veces por semana. Los jueves para comprar hierbas. Los sábados para ayudar a Remedios a desmontar su puesto. Y los domingos para visitarla en su rancho, donde ella le enseñaba cómo cultivar cosas que no fueran solo albahaca.

Remedios visitó Coatepec dos veces al mes. La primera vez para ver la casa azul de Cleto y decidir si era verdad que el italiano sabía cocinar o solo presumía. La segunda vez para quedarse.

No fue un romance repentino. Fue más como dos plantas que crecen juntas porque comparten la misma tierra y el mismo sol. Despacio, constante, sin prisa.

Yo los vi transformarse. Cleto se volvió menos melancólico, más presente. Remedios se volvió menos solitaria, más abierta. Ninguno de los dos cambió fundamentalmente quién era. Pero ambos se volvieron versiones más felices de sí mismos.

Seis meses después de ese primer encuentro en el mercado, Remedios se mudó a la casa azul. No hubo boda formal. No hubo ceremonia religiosa. Solo fueron al registro civil de Coatepec un martes por la tarde, firmaron papeles, y regresaron a casa a cocinar ossobuco con verduras del rancho de Remedios.

—¿Es feliz? —le pregunté a Cleto una tarde mientras tomábamos café en mi sala.

—Sí, señora Balvina. Estoy feliz.

—¿Y no extraña ver el futuro?

—A veces. Pero luego miro a Remedios y me doy cuenta de que no necesito saber el futuro. Solo necesito vivir el presente con ella.

—Eso es lo más romántico que le he escuchado decir.

—Es la verdad. Y la verdad no necesita ser romántica para ser bonita.

Remedios entró a la sala con una jarra de agua fresca de Jamaica que había traído de su rancho.

—¿De qué hablan?

—De lo feliz que estoy —dijo Cleto.

—Pues qué bueno. Yo también estoy feliz. Aunque me gustaría que dejaras de quemar el arroz cuando cocinas risotto.

—El risotto se quema porque requiere atención constante.

—Pues préstale atención constante y déjalo de quemar.

—Sí, señora.

Remedios me guiñó un ojo y salió de la sala. Cleto la vio irse con una expresión de absoluto contentamiento.

—¿Sabe qué es lo mejor de Remedios, señora Balvina?

—¿Qué?

—Que nunca me trata como si fuera especial. Para ella soy solo Cleto. No el adivino. No el italiano. No el hombre que sobrevivió al juicio. Solo Cleto.

—Eso es porque ella es especial. De la manera correcta.

—Lo sé. Por eso me quedé.

Y se quedó. No solo en Coatepec sino en el presente. En el amor que había encontrado con Remedios. En la vida sencilla de cultivar albahaca, cocinar ossobuco, y caminar bajo el chipi-chipi con alguien que no necesitaba que le predijera nada.

El futuro había perdido importancia.

El presente se había convertido en todo.

Y el amor, ese amor sin pretensiones y sin dramas, se había quedado.

No porque fuera destino.

No porque estuviera escrito en los asientos del café.

Sino porque Cleto y Remedios habían decidido, conscientemente, construirlo juntos.

Día a día.

Sin saber qué vendría.

Pero confiando en que, juntos, podrían enfrentarlo.

El calabrés que había llegado a Coatepec huyendo del amor traicionado en Italia finalmente había encontrado el amor que no necesitaba ser predicho.

El amor que simplemente era.

Y eso, al final, resultó ser más que suficiente.

Yo, Balvina Roviroso, viuda de Ronquillo, chismosa oficial de Coatepec, testigo de amores y tragedias por igual, puedo dar fe de que ese amor fue real.

No perfecto.

No de cuento de hadas.

Pero real.

Y en Coatepec, donde la realidad siempre es más extraña que la ficción, eso es lo que más importa.

Que el amor sea real.

Que se quede.

Y que no necesite del futuro para existir.

Porque el amor verdadero vive en el presente.

Y en el presente, Cleto Sanabria finalmente había encontrado su hogar.

EPÍLOGO

El arcano no siempre perdona

Han pasado tres años desde que el juez Crisóstomo absolvió a Cleto Sanabria de los cargos de asesinato. Tres años en los que Coatepec siguió siendo Coatepec, con su neblina perpetua, su chipi-chipi constante, y su capacidad infinita para olvidar los escándalos pasados en favor de los presentes.

El alcalde Eustacio Montiel se convirtió en una anécdota. Una historia que la gente contaba en las cantinas cuando ya llevaban suficientes tragos encima. "¿Te acuerdas cuando el italiano predijo la muerte del alcalde y luego el alcalde se murió exactamente como dijo?" Y después se reían, no con malicia, sino con esa risa incómoda que la gente usa cuando no sabe si algo es trágico o cómico.

Doña Elodia se volvió a casar. Con un comerciante de Xalapa que tenía más dinero que el alcalde pero menos pretensiones. Se veía más feliz que cuando estaba con Don Eustacio, lo cual dice mucho sobre ese matrimonio anterior. Cuando se la encontraba en el mercado, saludaba con cortesía pero sin rencor. El tiempo, como siempre, había suavizado las heridas.

El licenciado Preciado siguió ejerciendo en Xalapa, representando causas perdidas y cobrando de más. Escuché que eventualmente lo desbarrancaron por algún fraude menor. No me sorprendió.

Rutilio Zárate ganó las elecciones y se convirtió en alcalde oficial. Resultó ser menos corrupto de lo esperado y más competente de lo que nadie imaginaba. Coatepec prosperó modestamente bajo su administración. Las calles seguían siendo de terracería pero al menos ya no tenían tantos baches.

Y Cleto... bueno, Cleto floreció.

La casa azul que antes era el refugio solitario de un italiano melancólico se transformó en un hogar lleno de vida. Remedios trajo sus plantas del rancho y el patio trasero se convirtió en un jardín que era mitad italiano y mitad mexicano, con albahaca creciendo junto a epazote, romero junto a cilantro, y geranios rojos compartiendo espacio con las margaritas blancas que Cleto seguía comprando religiosamente cada semana.

Remedios también trajo su pragmatismo. La casa siempre había sido limpia cuando Cleto vivía solo, pero ahora tenía ese tipo de orden que solo una mujer práctica puede imponer. Los libros en los estantes ya no estaban apilados al azar sino organizados por tamaño. Las macetas tenían platos debajo para no manchar el piso. Y la cocina, que antes era el dominio exclusivo de Cleto, ahora era un espacio compartido donde él

preparaba sus osobucos y ella sus moles, y ambos discutían amigablemente sobre cuál cocina era superior.

Ninguno ganaba esas discusiones porque ambos sabían que no se trataba de ganar.

Se trataba de estar juntos mientras discutían.

Cleto nunca volvió a leer asientos de café profesionalmente. Pero de vez en cuando, cuando estaba solo con Remedios en el desayuno, volteaba su taza y la miraba. No para predecir el futuro. Solo para ver los patrones que se formaban, como quien mira nubes y encuentra figuras sin buscarlas.

—¿Qué ves? —le preguntaba Remedios.

—Nada importante.

—¿Nada?

—Bueno, veo que va a llover esta tarde. Pero en Coatepec siempre llueve, así que no cuenta como predicción.

—¿Y qué más?

—Veo que voy a ser feliz hoy. Y mañana. Y pasado mañana.

—Eso tampoco cuenta como predicción. Eso es solo una decisión.

—Tienes razón. Es una decisión.

Y se besaban por encima de la mesa del desayuno, como hacen las parejas que ya no necesitan predecir el futuro porque están ocupadas construyéndolo.

La verdadera sorpresa llegó dos años después del matrimonio. Remedios, que había criado plantas toda su vida pero nunca hijos, descubrió a los cuarenta y seis años que estaba embarazada.

Cuando me lo contó, yo estaba tomando café en su casa (porque ahora era su casa tanto como de Cleto), casi me atraganto.

—¿Embarazada? ¿A tu edad?

—Aparentemente sí. El doctor dice que es raro pero no imposible. Y que todo está bien.

—¿Y Cleto lo sabe?

—Todavía no. Estoy esperando el momento correcto para decirle.

—¿Cuál es el momento correcto para decirle a un hombre de cincuenta y siete años que va a ser padre?

—Pues todavía no lo sé, Balvina. Por eso te estoy pidiendo consejo.

Le sugerí que se lo dijera durante la cena, con una buena botella de vino (para él, porque ella ya no podía tomar), y que fuera directa como siempre era.

Remedios siguió mi consejo. Y según me contó Cleto después, su reacción fue digna de ver.

Primero se quedó callado. Luego preguntó si ella estaba segura. Luego preguntó si estaba bien. Luego preguntó si el bebé estaba bien. Y finalmente, cuando Remedios le confirmó que sí, que todo estaba bien, que era inesperado pero real, Cleto se puso a llorar.

—No llores —le dijo Remedios—. Se supone que es una buena noticia.

—Lo sé. Por eso lloro. Porque es una buena noticia y hace mucho tiempo que no tengo buenas noticias que me hagan llorar.

—Bueno, pues acostúmbrate. Porque en seis meses vas a tener muchas más razones para llorar cuando el bebé no te deje dormir.

Cleto se rio entre lágrimas y abrazó a Remedios como si tuviera miedo de que desapareciera si la soltaba.

El embarazo transcurrió sin complicaciones mayores. Remedios siguió trabajando en su rancho hasta el séptimo mes, cuando finalmente aceptó quedarse en casa bajo amenaza de que Cleto la amarraría a una silla si seguía cargando costales de tierra.

El pueblo entero siguió el embarazo con ese interés morboso que caracteriza a los pueblos chicos. Petrona Guzmán tejió una cobija para el bebé. Don Mauricio regaló un kilo de su mejor café (para Cleto, no para Remedios). Lidia Contreras organizó un baby shower que Remedios apenas toleró porque no le gustaban las fiestas pero entendía que era importante para el pueblo sentirse parte de la historia.

Y yo, naturalmente, estuve ahí en cada paso. Porque alguien tenía que documentar todo esto para la posteridad. Y porque Cleto y Remedios se habían convertido en algo más que vecinos o amigos. Eran familia.

La niña nació un martes de marzo, exactamente tres años después de que Cleto llegara a Coatepec. El parto fue en el hospital de Xalapa porque Remedios, práctica como siempre, insistió en tener acceso a toda la tecnología médica disponible.

Pesó tres kilos doscientos gramos. Tenía los ojos verdes de Cleto y la nariz de Remedios. Lloraba con pulmones potentes que anunciaban que esta niña no iba a ser callada ni sumisa.

Le pusieron Esperanza. Por la mujer de Tecuanapa que no quiso saber su futuro. La mujer que le había enseñado a Cleto que el presente era más importante que las predicciones.

Cuando Cleto cargó a su hija por primera vez, con esa torpeza de hombre que nunca había tenido un bebé en brazos, me miró con lágrimas en los ojos.

—Señora Balvina, ¿quiere saber algo extraño?

—¿Qué?

—Nunca vi esto en los asientos del café. Nunca vi que iba a tener una hija. Nunca vi que iba a ser feliz de esta manera.

—Tal vez porque el futuro verdaderamente importante no se puede predecir. Solo se puede vivir.

—O tal vez porque dejé de mirar antes de que sucediera.

—O tal vez porque esta felicidad no estaba escrita en ningún lado. La construiste tú. Con Remedios. Decisión por decisión.

Cleto besó la frente de su hija.

—Tienes razón. Como casi siempre.

—No casi. Siempre.

Los primeros meses con Esperanza fueron caóticos de la manera en que solo un bebé puede causar caos. Noches sin dormir. Pañales a montones. Llantos inexplicables a las tres de la madrugada. Pero Cleto y Remedios los enfrentaron juntos, con esa mezcla de humor y desesperación que caracteriza a los padres primerizos de cualquier edad.

Yo los visitaba seguido, llevando comida porque sabía que cocinar era lo último en sus prioridades. Y cada vez que iba, veía a Cleto transformado. El hombre que había llegado a Coatepec huyendo de Italia, melancólico y solitario, ahora cantaba canciones de cuna en italiano mezclado con español mientras mecía a su hija.

—Dormi, dormi, bella bambina, que tu papá no sabe qué hacer cuando lloras pero te quiere mucho igual...

No eran canciones de verdad. Eran improvisaciones absurdas. Pero Esperanza parecía apreciarlas porque se dormía en sus brazos con una expresión de paz que conmovía.

Remedios, por su parte, manejaba la maternidad con la misma eficiencia práctica con que manejaba todo. Amamantaba mientras revisaba listas de plantas que necesitaba pedir. Cambiaba pañales mientras daba instrucciones a Cleto sobre cómo preparar el biberón de emergencia. Y cuando Esperanza finalmente se dormía, se dejaba caer en el sofá con un suspiro de satisfacción exhausta.

—¿Te arrepientes? —le preguntó Cleto una tarde.

—¿De qué?

—De todo esto. Del bebé. De mí. De haberte mudado a Coatepec.

Remedios lo miró como si acabara de decir la pregunta más tonta del mundo.

—Cleto, si me arrepintiera, ya me habría ido. No soy de las que se quedan donde no quieren estar.

—Entonces...

—Entonces estoy exactamente donde quiero estar. Contigo. Con nuestra hija. En esta casa que huele a albahaca y a café. ¿Está claro?

—Está claro.

—Bien. Ahora ve a calentar el biberón que Esperanza va a despertarse en diez minutos.

—¿Cómo sabes que va a despertarse en diez minutos?

—Porque lleva dos horas durmiendo y siempre se despierta cada dos horas. Eso no es predicción, es reconocimiento de patrones.

—Yo solía predecir el futuro y tú predices mejor que yo solo con sentido común.

—El sentido común siempre ha sido más útil que la magia.

Cleto se rio y fue a calentar el biberón.

Para el primer cumpleaños de Esperanza, organizamos una fiesta en el jardín de la casa azul. Medio Coatepec apareció. Algunos porque genuinamente querían a Cleto y Remedios. Otros porque era una buena excusa para salir de casa. Y otros porque querían ver al bebé de la pareja más improbable del pueblo.

Esperanza, ajena a toda la atención, gateaba por el jardín persiguiendo una mariposa con esa determinación que solo tienen los niños de un año que todavía no entienden que las mariposas no se dejan atrapar.

Cleto la seguía a prudente distancia, asegurándose de que no se cayera o se metiera algo indebido a la boca. Remedios repartía rebanadas de pastel que ella misma había horneado (porque contratar un pastel le parecía un desperdicio de dinero).

Yo observaba todo desde mi silla en el portal, con una copa de vino en la mano, sintiéndome profundamente satisfecha.

—Balvina, ven acá —me llamó Cleto.

Me acerqué a donde estaba, junto a sus macetas de albahaca que ahora compartían espacio con los juguetes de Esperanza.

—¿Qué pasa?

—Quiero que seas la madrina oficial de Esperanza.

—Ya soy su madrina. Estuve en el bautizo.

—No, me refiero a madrina de verdad. La que va a cuidarla si algo nos pasa. La que va a contarle nuestra historia cuando sea grande. La que va a asegurarse de que sepa quiénes fueron sus padres.

Me quedé callada un momento, sintiendo el peso de lo que me estaba pidiendo.

—Cleto, nada les va a pasar.

—Lo sé. Pero por si acaso. Necesito saber que alguien va a estar ahí para ella. Alguien que la quiera. Alguien en quien confío.

—¿Y Remedios está de acuerdo con esto?

—Fue idea de ella.

Miré a Remedios que nos observaba desde la mesa del pastel con una sonrisa que decía todo.

—Está bien. Seré su madrina oficial. Pero solo si prometen vivir hasta los cien años para que nunca tenga que ejercer.

—Prometido.

Nos abrazamos ahí, junto a las macetas de albahaca, mientras Esperanza seguía persiguiendo mariposas y el pueblo de Coatepec celebraba el primer cumpleaños de la niña que nunca fue predicha.

Esa noche, después de que todos se fueron y Esperanza finalmente se durmió, Cleto y Remedios se sentaron en su portal a ver caer el chipi-chipi.

—¿Eres feliz? —preguntó Remedios.

—Más de lo que nunca pensé que podría ser.

—¿Y no extrañas Italia?

—A veces. Pero México es mi hogar ahora. Coatepec es mi hogar. Tú y Esperanza son mi hogar.

—Qué cursi te has vuelto.

—Culpa tuya. Me contagiaste.

—Yo no soy cursi.

—No, tú eres práctica. Pero tu practicidad me enseñó a apreciar las cosas simples. Como este momento. Sentados aquí, viendo llover, sabiendo que nuestra hija duerme adentro.

—Pues aprecia rápido porque en media hora se va a despertar llorando y te va a tocar a ti cambiarle el pañal.

—Lo haré felizmente.

—Mentiroso. Nunca cambias pañales felizmente.

—Tienes razón. Lo haré resignadamente pero con amor.

—Eso es más honesto.

Se quedaron ahí hasta que Esperanza, puntual como reloj, se despertó llorando. Cleto se levantó con un suspiro, entró a la casa, y cumplió con su deber paternal de cambiar pañales a media noche.

Remedios lo siguió, no porque necesitara ayuda, sino porque después de dos años de matrimonio y un año de paternidad compartida, hacer las cosas juntos se había convertido en su forma de amar.

Yo, Balvina Roviroso, viuda de Ronquillo, chismosa perpetua y ahora madrina oficial de Esperanza Sanabria Canales, me fui a mi casa esa noche sintiendo que había sido testigo de algo importante.

No de magia.

No de predicciones cumplidas.

No de destinos escritos en asientos de café.

Sino de algo mucho más raro y valioso: un final feliz ganado a pulso.

Cleto Sanabria había llegado a Coatepec huyendo del amor traicionado y prediciendo muertes que le costaron casi su libertad. Pero se iba a quedar en Coatepec viviendo un amor construido día a día con una mujer que nunca le pidió que viera su futuro.

El arcano no siempre perdona.

Pero a veces, cuando uno deja de meter las narices en el futuro ajeno y empieza a construir su propio presente, el arcano se da cuenta de que ya no tiene poder.

Y el futuro, ese tirano que parecía controlarlo todo, finalmente pierde.

Porque el presente, vivido plenamente, con amor y con albahaca y con una niña que persigue mariposas, siempre será más fuerte que cualquier predicción.

Cleto Sanabria lo aprendió de la manera más difícil.

Pero lo aprendió.

Y ahora, tres años después de haber predicho una muerte que casi lo destruye, estaba viviendo una vida que ningún asiento de café podría haber mostrado.

Porque la mejor vida es la que no se puede predecir.

Solo se puede vivir día a día.

Con amor.

Con café.

Con albahaca.

Y con la certeza de que el futuro puede esperar porque el presente ya está aquí.

Y es hermoso.

—**FIN**